

## Retiro espiritual

# Nuestra transformación en Cristo

Apoyados en las reflexiones de Dietrich von Hildebrand en su libro *Nuestra transformación en Cristo*<sup>1</sup>, ofrecemos una serie de meditaciones para hacer en varios días, continuados o no, que plantean un proceso de conversión profunda que nos llevará a identificarnos con el Señor, especialmente útil para la Cuaresma.

## Contenido

### Introducción

#### 1. ¿Estamos dispuestos a dejarnos cambiar?

1. La falsa conversión
2. La verdadera conversión
3. La flexibilidad necesaria

#### Oración final

#### 2. El arrepentimiento

1. El arrepentimiento necesario
2. El falso arrepentimiento: la mala conciencia
3. El verdadero arrepentimiento: el rechazo del pecado más allá del sentimiento
4. El arrepentimiento y la conciencia de la impotencia
5. El dolor de corazón aumentado por la contemplación de la misericordia
6. El verdadero arrepentimiento y el anhelo de fidelidad

## 7. La verdadera transformación producida por Cristo

Oración final

## 3. Conocerse a sí mismo y mantenerse despierto

### 1. Conócete a ti mismo

La falta de conocimiento propio

Falso autoconocimiento

El verdadero conocimiento de sí

Un sufrimiento alegre y esperanzado

La ayuda necesaria para el autoconocimiento

### 2. Estar despiertos a lo que nos pasa

Oración final

## 4. El trabajo sobre uno mismo

### 1. Una distinción fundamental

### 2. Qué podemos hacer

Los actos

Los sentimientos

Las virtudes

### 3. ¿Podemos hacer algo para favorecer el cambio que sólo puede hacer Dios?

Oración final

## 5. La conversión y el hambre y sed de la justicia

### 1. El que no tiene hambre y sed de nada

### 2. Los que tienen hambre y sed... pero del mundo

### 3. Los que buscan la justicia, pero sin hambre de Dios

### 4. Los que realmente tienen hambre y sed de Dios y su justicia

Conclusión: conversión y misterio pascual

Oración final

## Introducción

«Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,14). Son las primeras palabras de Jesús en el Evangelio de san Marcos. «Conviértete y cree en el Evangelio», es la exhortación que nos hace la Iglesia, con la imposición de la ceniza, al empezar la Cuaresma.

La conversión va a ser el hilo conductor de estas meditaciones. ¡Pero atención! No la conversión ramplona del que quiere eliminar algún defecto porque ahora (p. ej. en Cuaresma) «toca», aunque luego en la Pascua recupere ese mismo defecto. No la conversión de primeros auxilios que nos lleva a salir de graves pecados que paralizan y esterilizan nuestra vida. No la conversión de propósitos que es como una conversión a la carta en la que nosotros decidimos lo que queremos cambiar y lo que preferimos que siga como siempre -normalmente lo fundamental-.

Queremos tomarnos en serio el objetivo de nuestra conversión que no puede ser otro que Cristo: convertirse es transformarse en Cristo, plenamente, sin trampas y sin condiciones.

Y antes de empezar, hay que salir al frente de *dos trampas*, que no sé si nos las pone el demonio, el mundo o la carne -o los tres a la vez-.

a) «Hay que ir poco a poco», dice la primera trampa. Y como toda buena trampa esconde una parte de verdad y una mentira peligrosa. La verdad es que la transformación en Cristo tiene un proceso, unas etapas, un tiempo. La mentira es pensar que somos nosotros los que decidimos el ritmo de ese proceso; que podemos quedarnos tranquila y cómodamente en la etapa que nos parezca; que tenemos todo el tiempo del mundo para convertirnos. No es así. No hay que ir poco a poco, hay que ir al ritmo de Dios, al paso de Dios: a veces lento y costoso, otras veces vertiginoso e incontrolable. Y desde luego, aceptar el proceso y las etapas no puede nunca significar cambiar de meta o de objetivo. La única meta de la conversión cristiana es transformarnos en Cristo.

b) «¡No es necesario meterse tan a fondo! ¡No es bueno exagerar! ¡Confórmate con menos!» nos dice, bajo capa de sentido común la segunda trampa que quiere impedir nuestra conversión. El que quiera engañarse con ella puede hacerlo, él sabrá, pero en el corazón de Dios no hay dos divisiones entre los cristianos: los que buscan salvarse y los que quieren ser como Cristo. En la realidad no hay dos bautismos distintos, o dos eucaristías distintas, la que nos permite «ir tirando», «no pecar»... y la que nos hace capaces de tener el corazón y la mente de Cristo. Recordemos las palabras de san Pablo:

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos (Ef 1,3-5).

No seamos ingenuos, los que apuntan demasiado bajo no sólo no alcanzan la meta verdadera, sino que no alcanzan la meta que se proponen: la salvación. Dicho de otra manera: el que no quiere ser santo y se conforma con ser buena persona, no será ni lo uno ni lo otro, porque malgasta, desvirtúa y falsifica una gracia que es para otra cosa. Eso explica tantos fracasos en la educación cristiana: hemos educado para un cristianismo «a medias» y, al final, se han quedado sin nada. No sigamos rebajando más, apuntemos a la meta verdadera.

Encima de la puerta por la que tienen que pasar todos los que quieran alcanzar la meta a la que Dios nos ha llamado están estas palabras de san Pablo:

¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis revestido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador (Col 3,9-10).

Aquí se nos ofrece el proceso de nuestra conversión: desplegar toda la fuerza de la vida de Dios que se nos regaló en el bautismo.

# 1. ¿Estamos dispuestos a dejarnos cambiar?<sub>2</sub>

Vamos a plantearnos en primer lugar una pregunta sencilla, pero fundamental para nuestra conversión. Quizá la más importante. En la que tropieza la mayoría (de los cristianos, no de los increyentes): ¿Estamos dispuestos a dejarnos cambiar?

Hemos de caer en la cuenta de que esta pregunta es mucho más consoladora que las que nosotros nos solemos hacer: ¿Quiero cambiar? ¿Puedo cambiar? ¿Cómo voy a cambiar? Preguntas, todas ellas, mal planteadas. Porque no nos cambiamos a nosotros mismos, nos cambia Dios. Por eso no es honrado con Dios decir que no podemos «convertirnos», es decir, «transformarnos en Cristo», porque la verdadera cuestión es si él puede hacerlo y la respuesta es clara: Dios puede y quiere transformarnos en Cristo. Es él quién lo hace. Pensar que no puedo convertirme es como decirle a la cara «tú no puedes cambiarme», y es quizá un pecado mucho más grave, que los pecadillos o pecadazos que pensamos que nos están atascando.

## 1. La falsa conversión

Claro que el hombre moderno cree que puede eliminar con sus propias fuerzas todas las carencias y limitaciones de la vida humana y transformarse en un hombre nuevo, sin límite alguno. Pero esa esperanza se ha demostrado vana porque se olvida de que la herida del hombre, el pecado, sólo puede ser sanada por Dios. Se olvida de que el hombre tiene que ser salvado; que si quiere ser libre tiene que ser liberado. La mejor voluntad y todos los esfuerzos morales del hombre no pueden restaurar lo que el hombre ha roto con el pecado.

Esta falsa conversión, la del hombre que se quiere cambiar a sí mismo, y que puede afectarnos a muchos de nosotros, se caracteriza por tres puntos:

1. Esta falsa conversión se basa en uno mismo: buscamos el ideal que hemos construido nosotros, de manera que la meta de nuestra conversión somos nosotros mismos. Se basa en el cambio que podemos alcanzar con nuestras capacidades naturales (sin contar con la gracia). No es un cambio radical, sino un cambio limitado a lo que nos parece posible o asequible, evitando el riesgo de aspirar a lo que nos resulta difícil o nos parece imposible. En definitiva: se trata de una conversión meramente humana, encajada en las limitadas capacidades concretas que uno tiene.

2. En esta falsa conversión, la disposición a cambiar se refiere a unos puntos determinados, nunca a toda la persona. Se trata de deshacerse de un defecto, adquirir una virtud, pero siendo fundamentalmente el mismo.

3. En esta conversión meramente humana, la base de la transformación es lo que uno es: sus fuerzas, sus capacidades, su deseo, su luz. No se cuenta con otra cosa, no hay ninguna fuente de novedad.

## **2. La verdadera conversión**

El planteamiento verdaderamente cristiano es mucho más humilde: Dios puede y quiere cambiarme, ¿estoy dispuesto a dejarme cambiar? Es la misma diferencia que hay, cuando sufrimos una grave enfermedad, por ejemplo un cáncer, entre plantearnos el absurdo de «¿puedo curarme a mí mismo?» (desde luego que no) y el más humilde y realista de «¿voy a aceptar el tratamiento para mi curación?» (y no todos lo hacen). Con una diferencia importante a nuestro favor. En lo humano hay que aceptar el tratamiento sin tener toda la seguridad de éxito. Con Dios, si nos dejamos, el tratamiento de nuestra conversión no puede fallar.

Hemos de admitir con humildad y alegría que nuestra transformación en Cristo es un regalo que recibimos de Dios en nuestro bautismo; pero no podemos olvidarnos de que este regalo no va a desarrollarse sin nuestro permiso. Y nuestra mayor colaboración a nuestra conversión es dejarnos transformar.

La primera muestra de que le damos permiso a Dios para que nos convierta es nuestra nostalgia de llegar a ser hombres nuevos, si tenemos un profundo y verdadero deseo de transformarnos en Cristo. Si estamos convencidos, como le dijo Jesús a Nicodemo, de que «hay que nacer de nuevo» (cf. Jn 3,3). Si, como el Bautista, somos conscientes de que, si queremos que Cristo «crezca en nosotros», tenemos que «menguar» (cf. Jn 3,30): tiene que menguar el hombre viejo marcado por el pecado y la limitación. Y en esto no podemos ser ingenuos: no nos podemos transformar en Cristo sin experimentar una verdadera muerte y resurrección; sin que muera nuestro «Yo» marcado por el orgullo, el egoísmo, el miedo, el aislamiento, la violencia, la comodidad... para que nazca el hombre nuevo a semejanza de Cristo. Sólo el que está dispuesto a sufrir esta muerte, experimentará la vida nueva, que consiste en que «Cristo vive en él» (cf. Gal 2,20). Especialmente, la Cuaresma es la ocasión para revivir *en ese* «Yo» la muerte y la resurrección del Señor en la semana santa. También nuestro bautismo es muerte y resurrección. Pero el Señor nos puede ofrecer la posibilidad de nacer de nuevo en cualquier momento de nuestra vida. Por eso necesitamos hacer nuestro el plan de conversión que nos proponía san Pablo: Despojarnos del hombre viejo con sus obras y revestirnos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador (cf. Col 3,9-10).

Este anhelo de vida nueva, que sólo viene de Dios, es muestra de que hemos sido ya tocados por la gracia, iluminados por la luz de Cristo. Y lo contrario, la autocomplacencia, la resistencia a cambiar, la tranquilidad como meta, es señal de que huimos de la luz y de la gracia que inicia la conversión. Y esa gracia inicial comienza siempre con la sed de la vida nueva, de la vida de Cristo, en nosotros.

La sinceridad de este anhelo se muestra en la disposición a «dejarse transformar por Cristo, a no poner barreras de ninguna clase al cambio de nuestra naturaleza por él» (Hildebrand).

Por eso, la conversión cristiana, tiene las características opuestas a la conversión falsa, la del hombre autosuficiente (que es muchas veces la que nosotros nos proponemos).

1. Es un cambio con relación a otro, y a otro muy concreto: Cristo. Él es la meta y la medida de ese cambio. Por eso es un cambio radical, más allá de nuestras capacidades naturales. Es un cambio que realiza Dios y que nos hace semejantes a él, que siempre nos lleva más allá de nuestras capacidades, limitaciones y posibilidades.

2. La disposición a cambiar se refiere a toda la persona, a la raíz, al núcleo: por eso es descrito como nacer y morir; por eso se habla de un hombre nuevo a semejanza de Cristo.

3. La base de la transformación es lo que Cristo es y lo que Cristo hace. Por eso, el que quiere convertirse de verdad está dispuesto a perder pie, a ir más allá de sus fuerzas, sus capacidades, sus deseos, su luz... y arrojarse en los brazos de Cristo para que él realice esa transformación. Dejar de luchar con sus pobres fuerzas y abandonarse a la acción poderosa de la gracia de Cristo, diciendo como san Pablo: «Sé de quien me he fiado» (2Tim 1,12).

¡Atención! Porque este dejarse cambiar es la condición *imprescindible* para nuestra transformación. Todo lo demás lo hace él. Pero si no nos ponemos en sus manos, él no puede nada; nos abandonamos a nuestras propias fuerzas.

Y, si queremos ser sinceros, tenemos que partir del hecho de que no tenemos esa actitud, que no queremos dejarnos transformar así por Cristo, que no nos abandonamos a sus manos de cirujano. Cristo lo quiere hacer con todos, lo puede hacer con todos, pero sólo unos pocos le dejan. La decisión la tenemos nosotros: ¿estamos dispuestos a dejarnos transformar en Cristo?

La mayoría de nosotros nos conformamos con cumplir los mandamientos y deshacernos de los defectos que reconocemos como pecaminosos, pero no tenemos el deseo de ser «hombres nuevos» en plenitud, no queremos considerarlo todo bajo la luz de Dios y someternos a la conversión total. Y, como tenemos la conciencia



tranquila, nos aferramos a nuestros límites: en consecuencia no nos sentimos obligados (ni capaces) de amar a los enemigos, nos sentimos con derecho a defendernos como los demás de las humillaciones, pretendemos ser aprobados por el mundo y nos da un miedo terrible ser tomados por «exagerados, beatos o fundamentalistas»; mantenemos nuestros caprichos y conveniencias (eso sí, dentro de unos límites, que nos dejan tranquilos). Podríamos encontrar muchos grados y formas de esta resistencia a la conversión, pero en el fondo, lo que sucede es, al contrario de lo que nos proponía san Pablo, que queremos mantener en algunos puntos el hombre viejo y queremos ser transformados en el nuevo sólo hasta cierto punto.

La diferencia es esencial: o nos dejarnos cambiar *limitadamente*, o estamos dispuestos a transformarnos *del todo* en «otros hombres» a semejanza de Cristo.

¡Cuidado! Eso no se traduce en que tengamos que dejar de hecho todas las cosas (como el monje que renuncia a posesiones, familia y a la propia voluntad), sino que nos abandonemos a la acción de Cristo para que él nos transforme a su imagen y semejanza, para que quite, ponga y cambie, lo que él quiera, lo que necesite. No es abandonarlo todo, sino dejarlo todo en sus manos para que lo organice todo a su gusto, quitando lo que él quiera. Sin ese abandono incondicional, no es que nuestra transformación en Cristo sea limitada, es que resulta imposible.

### **3. La flexibilidad necesaria**

Podemos definir esta actitud necesaria para la conversión como la *flexibilidad* o maleabilidad: ser como cera blanda en manos de Cristo para que él pueda imprimir en nosotros su imagen. Es lo contrario a endurecernos: imponer -ante Dios- nuestro yo, nuestros planes, nuestra propia conversión, nuestros límites y condiciones. Esta flexibilidad no sólo es la condición necesaria para entrar en el camino de la conversión en Cristo, sino la actitud que hay que mantener a lo largo de todo el camino. Tan pronto como nos

conformemos con lo que somos o impongamos nuestras condiciones a Cristo, nuestra transformación se detiene y queda incompleta. El mejor modelo de esta docilidad es la respuesta de la Virgen al ángel, la que dio al principio, y la que mantuvo a lo largo de toda su vida: «Hágase» (Lc 1,38). Sin condiciones, sin límites. María es la que siempre se dejó transformar con docilidad, por eso llega a ser perfecta discípula y perfecta imagen de Cristo.

Ésa es la razón por la que no podemos quedarnos tranquilos porque estemos haciendo mucho en un determinado escalón de nuestra transformación en Cristo, si hemos perdido el deseo y la docilidad para subir el siguiente escalón. Los santos, empezando por la Virgen, nos muestran que esa flexibilidad no disminuye según avanza el proceso de nuestra conversión en Cristo. Cuanto más nos transformamos en Cristo, más profunda e ilimitada es la disposición a seguir dejándonos cambiar y comprendemos cada vez mejor la necesidad de entregarnos una y otra vez en las manos del Señor para ser remodelados por él. El proceso de morir a uno mismo y de resucitar en Jesucristo no debe estacionarse nunca, mientras estemos en la tierra. Por eso, esta conversión no es sólo del pecador, sino del fiel. El grado de nuestra transformación en Cristo depende del grado de nuestra disposición a ser cambiados.

Es muy importante distinguir esta «conversión» cristiana de una disposición natural permanente al cambio, al cambio por el cambio. Aunque resulte paradójico esta *flexibilidad* a la acción de Dios se convierte en *fijación* del rostro de Cristo que él va realizando en nosotros. Hemos de estar dispuestos a dejar transformar con toda docilidad lo que no se parezca a Cristo y permanecer rígidamente fieles a la transformación realizada. Nuestra docilidad consiste en ser moldeables a las manos de Cristo e inquebrantables para el mundo en lo que el Señor ha realizado ya en nosotros. En el fondo no hay ninguna contradicción: la misma búsqueda de la transformación en Cristo es lo que nos hace rechazar todo lo que nos diferencia de él. La adhesión flexible a la Verdad que es Cristo se convierte en rechazo inflexible a toda mentira. La conversión profunda supone una sola fidelidad: a la Verdad, a Cristo. Y es

entonces cuando nuestro deseo de conversión profunda nos debe mover a no intentar hacer compatible a Cristo con determinadas personas, ambientes, situaciones, actividades que son incompatibles con esta transformación.

El abandono y la docilidad necesaria para la conversión tampoco tienen que ver con la actitud del pusilánime que se resigna a su situación (incluso a su pecado), al que no le dice nada el ejemplo de los santos, el que renuncia -a veces bajo capa de humildad- a ser como Cristo. Esta actitud no es flexibilidad o abandono, sino renuncia a la gracia de Dios, falta de esperanza, rechazo a la acción transformadora de Dios. Claro que conocemos nuestros límites y sabemos que sólo Cristo puede cambiarnos, pero mantenemos el deseo, la esperanza y colaboramos «dejándonos hacer» y haciendo todo lo que ayuda a esa acción de Dios.

Esta flexibilidad hacia Dios tiene mucho que ver también con la flexibilidad y docilidad a los instrumentos de Dios: a su Palabra, a la Iglesia, al Magisterio, al Papa, a la predicación de los pastores, a la corrección fraterna, al espejo que los demás son para nosotros, a las circunstancias en las que Dios habla. No es posible la flexibilidad hacia Dios y la rigidez hacia los demás, especialmente la rigidez a las mediaciones de Dios.

Si queremos llegar hasta el final, en cierta medida es imprescindible que nos hagamos moldeables a alguien con experiencia del que nos podamos fiar, y nos ayude a discernir la flexibilidad necesaria y la fidelidad imprescindible. Esa búsqueda de ayuda en un maestro o director espiritual es la mejor muestra de que «nosotros mismos no podemos ni debemos determinar la envergadura de nuestro cambio» (Hildebrand).

Claro que Dios será misericordioso con los que sólo tienen una limitada disposición a cambiar, pero sólo pueden llegar a ser imagen de Cristo, es decir santos, los que se dejen moldear con plena docilidad en esta vida. Los demás tendrán que experimentar ese proceso en la otra vida: es lo que llamamos «Purgatorio», que no es un castigo, sino aceptar entonces la transformación necesaria

sin la cual no podemos unirnos a Cristo ni tener la vida de Dios en nosotros.

Dejémonos transformar ahora por Cristo, pongámonos en sus manos con confianza, sometámonos al tratamiento que sea necesario, no le paremos los pies, no atemos sus manos, y comprobaremos como él crea en nosotros un corazón nuevo, nos renueva con espíritu firme y nace en nosotros el hombre nuevo, imagen viva de Cristo, el Hijo amado de Dios.

## Oración final

Señor mío, Jesucristo,  
ojalá escuche hoy tu voz  
y no endurezca más mi corazón.  
Que cale en mí tu llamada a la conversión:  
«cree en mí –me dices– fíate de mí  
y déjame que yo te convierta».  
Que no me conforme con la pequeña y triste conversión  
que yo puedo hacer con mis fuerzas.  
Siembra en mí el anhelo de la verdadera conversión:  
ser como tú, vivir como tú,  
reproducir tu vida en mi vida,  
es más, que ya no viva yo,  
sino que tú vivas en mí.

Quiero fiarme de ti, Señor Jesús,  
necesito que cambies mi corazón,  
que arranques de mí el corazón de piedra  
y me des un corazón de carne,  
que crees en mí un corazón nuevo, puro,  
que me renueves por dentro con tu Espíritu.  
Me fío de ti, Jesús,  
me pongo en tus manos,  
haz de mí lo que quieras,  
cambia lo que quieras,  
quita lo que quieras,

pon lo que quieras,  
llévame a dónde quieras.

Que encuentres siempre en mi corazón  
el «hágase» de María  
para que nunca detenga tu mano  
suave y firme, como la de un cirujano,  
que corta, cura y cambia,  
la única que puede transformarme en ti.

## 2. El arrepentimiento<sup>3</sup>

### 1. El arrepentimiento necesario

El primer paso de la conversión es el arrepentimiento. ¡Atención! El primero, pero no el último ni el único. Nuestra conversión, si es auténtica, si es cristiana, tiene un objetivo: nuestra transformación en Cristo. Nuestra conversión no está terminada hasta que él viva en nosotros y reproduzcamos su vida en la nuestra. Y el primer momento de ese proceso de transformación a semejanza de Cristo es el arrepentimiento.

Cuando nos encontramos con Dios, con el Dios vivo y verdadero, con el Dios tres veces santo, surge automáticamente la conciencia de que somos pecadores, de que no somos dignos de acercarnos a él.

Recordemos, entre muchos ejemplos, lo que le sucede al profeta Isaías y al apóstol Pedro, que pueden servirnos para la oración:

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Junto a él estaban los serafines, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos el cuerpo, con dos volaban, y se gritaban uno a otro diciendo: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!». Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo» (Is 6,1-5).

. . .

Cuando (Jesús) acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador» (Lc 5,4-8).

Una primera reflexión, antes de adentrarnos en lo que es el arrepentimiento. Si nosotros ante Dios no tenemos la misma experiencia de ser pecadores e indignos que Pedro o Isaías ¿por qué será? ¿porque somos ya perfectos ante Dios? ¿porque no somos conscientes de nuestra realidad? o ¿porque no nos encontramos con el Dios vivo, sino con nuestras propias ideas o nuestras imágenes de Dios que nos permiten quedarnos tranquilos? Hemos de enfrentarnos a estas preguntas con sinceridad.

Si queremos convertirnos en Cristo, no nos podemos saltar este primer paso: el arrepentimiento. No se puede seguir la invitación de Cristo a seguirle, sin apartarnos primero de nuestros pecados de forma consciente y efectiva. Él no va a poder transformarnos, si no retiramos primero nuestras ofensas a Dios.

Es precisamente el arrepentimiento lo que empieza a ablandar nuestro corazón de piedra para que Dios pueda moldearlo a imagen del corazón de Cristo, como hablábamos en la meditación anterior. Es el arrepentimiento -por eso es tan importante que sea verdadero- el que nos empieza a hacer flexibles, moldeables a la acción de Dios y el que hará posible que Dios nos transforme en Cristo.

Pero ¡cuidado! Sólo el *verdadero* arrepentimiento nos pone en la pista de la transformación en Cristo. Si permanecemos en nuestra mediocridad o estamos estancados en nuestra vida cristiana, en muchos casos es porque nuestro arrepentimiento no es verdadero.

## 2. El falso arrepentimiento: la mala conciencia

El arrepentimiento no es un simple sentimiento de mala conciencia. Arrepentimiento no es que estamos intranquilos por cosas que hemos hecho. No podemos identificar el arrepentimiento con los remordimientos que nos agobian, por fuertes que sean. Se pueden tener estos sentimientos, hasta de forma enfermiza, y no haber dado un solo paso al verdadero arrepentimiento.

Todo nuestro dolor y nuestro malestar, no valen de nada, si no nos lleva a desligarnos realmente de nuestros pecados, por el único camino posible, el que nos ofrece Cristo.

También en las relaciones humanas estamos acostumbrados a pensar que basta con el sentimiento de haber hecho algo malo. Decimos «lo siento» y pensamos que ya está todo arreglado. Nos duele el mal que hemos hecho y pensamos que «tenemos derecho» a que se nos perdone, a que todo se tenga que olvidar inmediatamente, a que no haya que cambiar nada, que reparar nada. Parece que el sufrimiento del que ha hecho un daño real basta para que el que ha sufrido el daño tenga que olvidar y actuar como si nada hubiera pasado, como si el ofendido tuviera que arreglarlo todo porque el que le ha ofendido lo siente (o dice que lo siente). Esta forma falsa de «arrepentimiento» que pervierte la educación, la relación entre los esposos, la justicia en todos los campos... también deforma nuestra relación con Dios.

Si el que tiene un gran dolor de corazón sigue en la misma postura; si el remordimiento de conciencia no impide que repitamos las mismas faltas, acabaremos oponiéndonos al arrepentimiento verdadero, comienzo de la conversión eficaz. Y esta oposición al verdadero arrepentimiento la realizamos con dos métodos. O bien intentamos reprimir esos sentimientos de culpa: adormeciendo la conciencia, reprimiendo los sentimientos...; o, lo que es peor, manipulamos a Dios buscando un atajo: la oración, la misma confesión, se convierten en una forma de eliminar esos sentimientos

para seguir igual. Rezamos y nos confesamos no para cambiar, sino para quedarnos tranquilos. Ya sé que es un absurdo, pero es lo que sucede muchas veces en la práctica: nuestro dolor de corazón, nuestra oración y la misma confesión se convierten en una forma de evitar el verdadero arrepentimiento. Reducimos todo al sentimiento de culpa, y una vez eliminado -por un camino u otro- podemos tranquilamente seguir haciendo lo mismo. Con un agravante: creemos que nos hemos arrepentido y convertido. Desgraciadamente muchos de los medios que tendrían que servir para convertirnos -ejercicios, retiros, sacramentos...- se esterilizan por este camino: sólo nos sirven para crear unos sentimientos de culpa, deshacernos de ellos facilonamente y quedarnos tan tranquilos... pero seguimos siendo y viviendo exactamente igual que antes.

### **3. El verdadero arrepentimiento: el rechazo del pecado más allá del sentimiento**

El verdadero arrepentimiento supone un rechazo activo y real de los pecados cometidos. Renunciamos con todas nuestras fuerzas a nuestras obras, actitudes y pensamientos propios del hombre viejo, marcado por el pecado. Dejamos de defender, justificar y ocultar nuestros pecados para rechazarlos de forma afectiva y efectiva: los aborrecemos y nos apartamos de ellos. Necesariamente esto produce en el alma una ruptura y una división: no la de la simple mala conciencia o el sentimiento de culpa, sino entre el yo que peca y el yo que condena, aborrece y lucha contra el pecado. Como dice san Agustín, empezamos a parecernos a Dios, aunque sigamos siendo pecadores, porque aborrecemos lo mismo que él aborrece. A diferencia del mero sentimiento de culpa, que muchas veces es vago, exagerado y negativo, este aborrecimiento es concreto y, a la vez que produce dolor, nos ilumina porque contiene ya el anhelo del bien.



Hemos de tener siempre presente que el auténtico arrepentimiento es siempre más que un sentimiento: no sólo nos duele el pecado, lo condenamos y nos apartamos de él. Y, por lo tanto, no huimos del sentimiento doloroso que nos provoca, sino que apoyados en ese sentimiento buscamos la forma de liberarnos de ese pecado -no del sentimiento- e intentamos rehacer lo que hemos roto. Será mayor y mejor el arrepentimiento que nos lleve con más claridad y más fuerza a condenar y abandonar el pecado, el que más nos ablande a la acción de Dios, y no el que vaya acompañado de mayores sentimientos de culpa.

## **4. El arrepentimiento y la conciencia de la impotencia**

Una paradoja que contiene el verdadero arrepentimiento, el que nos pone en el camino de una auténtica conversión, es que, a la vez que nos pone en el camino eficaz de cambio, nos proporciona una clara conciencia de nuestra impotencia. Se trata del reconocimiento doloroso y luminoso de una triple impotencia que descubrimos con claridad cuando miramos con sinceridad nuestro pecado:

- a) la impotencia de no poder eliminar los pecados cometidos: no podemos cambiar el pasado como si eso que hemos hecho no hubiera sucedido;
- b) la conciencia de no tener derecho al perdón: no podemos acudir a Dios (o a los demás) con una especie de nuevo fariseísmo del pecador que se cree con derecho a ser perdonado, que puede exigir el perdón;
- c) la impotencia de liberarnos del pecado por nosotros mismos, cambiarnos con nuestras fuerzas y hacernos capaces del bien que no hemos hecho.

El camino del arrepentimiento nos obliga a caminar en el filo de la navaja de la verdad, de la humildad y de la confianza que nos lleva a la verdadera conversión. El verdadero arrepentimiento nos lleva a arrojarnos a los brazos de Dios esperando sólo en su misericordia: sin ocultar nada, sin exigir nada. Sabiendo que sólo

encontraremos la salvación en el reconocimiento humilde de nuestra culpa y de nuestra impotencia ante Dios y esperando -no exigiendo- su perdón por pura misericordia.

Este filo de la navaja, en el que tiene que caminar el pecador que quiere convertirse, le permite no caer en varios precipicios en los que fácilmente puede despeñarse el que empieza a ser consciente de su verdadera situación como pecador:

1. La *desesperanza*: es el arrepentimiento (¡falso e inútil!) de Judas. Es consciente de la gravedad de lo cometido y de la impotencia de repararlo, de volver atrás para rehacer el pasado. A Judas no le falta sinceridad para saber lo que ha hecho y reconocer su incapacidad de arreglarlo; pero no tiene esperanza, esperanza en Dios, en su misericordia. Y sin esperanza en Dios no se puede salir del pecado. Caer por el precipicio de la desesperación. Lo mismo nos sucede a nosotros si no unimos una plena confianza en Dios a nuestra verdadera impotencia para salir del pecado.
2. La (falsa) *autosuficiencia* de que podemos reparar nuestros pecados por nosotros mismos. Se trata de un arrepentimiento y una conversión sin Dios. De un nuevo fariseísmo del hombre pecador que, porque descubre el error en su vida, piensa que se puede perdonar a sí mismo y cambiarse a sí mismo. Es la búsqueda de la propia justificación (similar a la del fariseo) en las buenas obras, las que piensa realizar en el futuro, como si estas buenas obras pudieran borrar el pasado y eliminar los pecados cometidos. Al final caerá también en el abismo de la desesperanza porque espera en sus propias fuerzas, se apoya en una falsa esperanza, que también le llevará a la desesperación. Es, tantas veces, la situación del hombre moderno que oscila entre el optimismo de poder cambiarlo todo sin Dios y el triste convencimiento de que no se puede cambiar nada. Tampoco éste -como Judas- se arroja humildemente en los brazos de Dios.

Dicho en positivo, el verdadero arrepentimiento cristiano siempre está acompañado por un afán de acudir a Dios, postrarnos ante él y entregarnos a él. No sólo para que nos quite el sentimiento de culpa, sino para recibir de él el castigo saludable, o mejor dicho, la medicina que necesitamos, sea la que sea. Suplicamos a Dios que nos perdone, esperando de su misericordia una reconciliación que sólo él puede realizar, con fe plena en su poder para borrar toda culpa. Sabiendo que ningún arrepentimiento puede borrar nuestra culpa, acudimos a él, «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29) sabiendo que «si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia» (1Jn 1,9).

Es ahí donde el arrepentimiento y la conversión se dan la mano: el verdadero dolor de corazón por nuestros pecados nos lleva a volvernos a Dios, buscando refugio en la misericordia de Dios, que no merecemos, pero que pedimos con confianza. Como el hijo pródigo sabemos que ya no somos dignos de llamarnos hijos de Dios (cf. Lc 15,18); pero volvemos a él, porque conocemos el rostro del Dios amor manifestado en Jesús, con el corazón lleno de esperanza en la incomprensible misericordia de nuestro Dios. Es la diferencia entre la conciencia de culpa de Adán que le lleva a esconderse de Dios (cf. Gn 3,10) y la de David que se vuelve a Dios diciendo «Misericordia, Dios mío por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (Sal 51,3).

## **5. El dolor de corazón aumentado por la contemplación de la misericordia**

El nuevo fariseísmo del pecador consiste en que se siente con derecho al perdón de sus pecados y acude a Dios, no como al padre traicionado y al único médico que quiere curarle, sino como a una especie de máquina tragaperras que con la calderilla de un «lo siento» más o menos sincero o las monedas de un «sentimiento de culpa» más o menos duradero, tiene que darnos -de forma automática e instantánea- el perdón y la tranquilidad; y nos

enfadamos con él como con una máquina expendedora cuando no nos da inmediatamente lo que queremos.

Este fariseísmo no comprende que la esperanza de la misericordia con la que acudimos a Dios no elimina el dolor natural que todo hombre experimenta ante su pecado, sino que lo hace más profundo. Porque, al volverse a un Dios totalmente misericordioso, cae en la cuenta de quién es al que ha ofendido y del sufrimiento del corazón de Dios ante nuestro pecado. Espera el perdón de un Dios que es amor y se hace consciente que es al Dios-amor al que ha traicionado. Se acerca a la cruz, tribunal de la misericordia en el que Dios perdona y elimina todos nuestros pecados, y contempla en ella el precio de los pecados por los que pide perdón esperando misericordia. Ya no le duele sólo su culpa, sino la ofensa a Dios; ya no le importa sólo su dolor, sino el dolor de Dios que recibe nuestra ofensa y el dolor que Dios asume para perdonarnos.

Este nuevo y más profundo dolor de los pecados, tiene como fruto las *lágrimas*; no las lágrimas de rabia por nuestro fracaso o nuestra impotencia; no las lágrimas de vergüenza por nuestra debilidad patente ante todos; sino las lágrimas que brotan ya de un corazón tocado por la esperanza de un perdón inmerecido que le cuesta al Padre la muerte de su Hijo. Son las lágrimas de Pedro, no ante su pecado, sino ante la mirada amorosa de Jesús, que con el rostro desfigurado por los golpes se encamina hacia la cruz para dar la vida por él (Lc 22,62). Las lágrimas de la mujer pecadora que sabe que se le ha perdonado mucho (Lc 7,38).

Sólo el que está dispuesto a gustar este nuevo dolor, mucho más profundo que el del arrepentimiento natural, encuentra la alegría del perdón.

## **6. El verdadero arrepentimiento y el anhelo de fidelidad**

El verdadero arrepentimiento no sólo mira al pasado con dolor, sino que mira al futuro con un profundo anhelo: el deseo intenso de caminar de nuevo por los caminos de Dios. ¿Qué podríamos

pensar del pecador al que sólo importa poner a cero sus deudas con Dios para volver a la misma vida? ¿Qué pensar del que acude a la confesión con la pena de tener que abandonar sus adorados apegos? ¿O del que ocultamente anhela o exteriormente intenta reconciliarse con Dios manteniendo su antigua vida de pecado?

Tan cierto como que ninguna obra buena que hagamos en el futuro puede borrar nuestras culpas pasadas -porque sólo Dios puede hacerlo-, es que no hay verdadero arrepentimiento sin deseo profundo de fidelidad plena a Dios en el futuro, de no separarse nunca de él.

Este anhelo fuerte y sincero está acompañado de la conciencia de nuestra debilidad e incapacidad. ¡Cuántos líos nos hacemos con esto! Nos cuesta entender cómo tienen que convivir en nuestro corazón el verdadero deseo de santidad y la conciencia de nuestra impotencia. Sólo Dios es capaz de hacernos fieles, sólo después de su perdón y de su gracia somos capaces de unirnos a él, sólo su fuerza vence nuestra debilidad... y muchas veces tenemos que aceptar un proceso más o menos largo de lucha y purificación. Pero toda esta acción de Dios chocaría con la dureza y la mentira de un corazón que no anhelara con todas sus fuerzas ser plenamente fiel a Dios. Sólo el que desde su impotencia añora la santidad verá el milagro de que es Dios el que nos santifica y nos transforma. Cualquier arrepentimiento al que le falte este impulso a caminar por la senda de la voluntad de Dios es simplemente falso y, por lo tanto, ineficaz. Quizá eso explica que nos confesemos y no cambiemos. No porque tengamos que cambiar a fuerza de puños o porque Dios no nos cambie, sino porque nos falta el deseo fuerte de fidelidad que hace maleable nuestro corazón para que Dios lo moldee a imagen del de Cristo.

Atención también a una falsificación del arrepentimiento que, bajo capa de humildad y realismo, se queda en lo puramente negativo: sólo espera el perdón de los pecados, pero no la purificación y la santificación. Se conforma con que se le quiten de encima los pecados, pero no espera -o no quiere- llegar hasta el final en la transformación en Cristo. Hay que decir alto y claro que esta

esperanza limitada es falsa, no es cristiana y deforma la imagen de Cristo y de la salvación. Realmente es una falta contra la esperanza. Cristo no ha venido sólo a perdonarnos los pecados y llevarnos al cielo a rastras, a meternos en el cielo por la puerta de atrás. Cristo ha venido a que tengamos vida y vida en abundancia, a habitar en nosotros, a que seamos hijos de Dios a imagen suya, a hacernos santos e irreprochables ante Dios por el amor. Ésta no es una esperanza temeraria, ni tiene nada de orgullo. Es la única esperanza que sintoniza con el deseo de Dios ante el hombre pecador: no sólo perdonarle, sino hacerle plenamente hijo suyo, como muestra de forma tan hermosa la parábola del hijo pródigo o como anuncian los profetas:

Esto dice el Señor: «Os recogeré de entre los pueblos, os reuniré de los países en los que estáis dispersos, y os daré la tierra de Israel. Entrarán en ella y quitarán de ella todos sus ídolos y objetos detestables. Les daré otro corazón e infundiré en ellos un espíritu nuevo: les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que sigan mis preceptos y cumplan mis leyes y las pongan en práctica: ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios» (Ez 11,17-20).

No tiene arrepentimiento verdadero el que se conforma con decir parte del salmo 51: «borra mi culpa, lava mi delito, limpia mi pecado» y se olvida de decir: «crea en mí, oh Dios, un corazón puro, devuélveme la alegría de tu salvación, renuévame por dentro con Espíritu firme». Sólo tiene verdadero arrepentimiento el que espera que Dios puede y quiere convertirle en un hombre nuevo.

## **7. La verdadera transformación producida por Cristo**

El que está verdaderamente arrepentido sabe que no podemos llegar a una verdadera reconciliación con Dios hasta que nuestra falta no haya sido perdonada por él y no la hayamos expiado con su luz y su fuerza. El que realmente mira sus pecados ante Dios, sabe que sus faltas le separan de Dios y que no hay reconciliación posible hasta que Dios las borre, porque el hombre es incapaz de borrarlas por sí mismo, no puede derrumbar el muro que le separa

de Dios y que ha levantado con sus propios pecados. Sólo el perdón de Dios elimina los pecados. Sólo Cristo es capaz de tender el puente sobre el abismo que, por nuestros pecados, nos separa de Dios. Para el hombre moderno esto es pesimista, porque reconoce la esencial limitación del hombre frente al pecado. Pero para el creyente se trata de una esperanzadora confianza que nace de Dios desde el reconocimiento mismo del pecado.

El arrepentimiento, si es verdaderamente cristiano y no se queda en un mero sentimiento de culpa, ni paraliza ni desalienta, porque no mira sólo a su pecado, ni a su incapacidad de salir de él, sino que clava su mirada en los brazos misericordiosos del Padre que lo acogen con su misericordia y lo abrazan con su fuerza, con la única condición de que nos arrojemos en ellos con confianza.

El arrepentimiento provoca ya una profunda transformación en el hombre: aborrece el pecado, suplica el perdón, anhela la fidelidad. Pero es insuficiente: no puede hacer lo que sólo Dios puede hacer, crear un corazón puro, rehacer lo que el pecado ha deformado y endurecido; y, sin embargo, a pesar de esta limitación, el arrepentimiento es imprescindible porque ablanda el corazón para que Dios realice su obra transformadora que empieza por la reconciliación y el perdón de los pecados.

El arrepentimiento es como un acto de rendición ante Dios. Reconocemos que somos sus enemigos y nos rendimos ante él. Bajamos las armas de la rebeldía, pero también las de la justificación y nos rendimos sin condiciones: abrimos las puertas, tiramos las murallas, deponemos las armas y nos dejamos conquistar por un Dios que no destruye al pecador, sino que lo perdona y lo convierte en amigo.

Sólo Jesucristo, con su muerte en la cruz, es capaz de borrar la culpa, reconciliarnos con el Padre y hacernos capaces de ser fieles. El arrepentimiento, de cara a la profunda transformación interior, es sólo la grieta por la que se cuela en nuestro corazón de piedra la sangre de Cristo que lo ablanda para poder modelar en nosotros un nuevo corazón semejante al suyo. El arrepentimiento

abre la puerta al poder salvador de Jesucristo que borra nuestros pecados.

Hay mucho más, nuestra conversión es mucho más, queda mucho camino desde el arrepentimiento a la santidad, desde la reconciliación a la transformación en Cristo, pero sin este primer paso todo ese proceso de cambio se para y nuestro corazón sigue impermeable a la gracia.

## Oración final

Señor, Jesús,  
como Pedro ante tus milagros,  
me siento ante ti pobre, indigno y pecador.  
Como Isaías en el templo,  
soy consciente de que soy un hombre impuro,  
indigno de estar en tu presencia.  
Cuando te miro,  
me doy cuenta de mis pecados de otra manera,  
reconozco mi pecado más profundo:  
haberte traicionado,  
haberme alejado de ti,  
haber abusado de tu amor.

Pero sé, Señor, que ese dolor no vale de nada,  
si no me ayuda a cambiar.  
No permitas, Señor,  
que me conforme con darme golpes de pecho  
mientras sigo atado por los mismos pecados,  
mientras me conformo con mi vida mediocre e infiel.  
Líbrame, Señor,  
de la idea de que puedo comprar mi perdón  
con unas pocas y fáciles lágrimas.

Tú conoces mi impotencia, Señor,  
sabes que no puedo arreglar lo que he roto,  
sabes que ni puedo ni sé sanar mi corazón,



yo no tengo poder para crear en mí un corazón puro...  
hazlo tú,  
quiero que lo hagas,  
necesito que lo hagas.

Líbrame, Señor, del falso orgullo  
de pensar que yo solito puedo arreglar mi vida,  
líbrame de la desesperanza  
de pensar que no puedo librarme del pecado,  
ayúdame a hacer lo único eficaz que puedo hacer  
para ser perdonado:  
arrojarme en tus brazos,  
y dejar que hagas  
lo que tengas que hacer para cambiarme,  
aunque duela.

Por eso, Señor,  
no te pido que me calmes el dolor de mis pecados,  
sino que me des un corazón nuevo.  
No quiero que me quites los pecados  
para quedarme tranquilo,  
quiero que me hagas como tú.  
No quites de mi corazón el dolor por haberte ofendido,  
sino hazme participar del dolor de tu corazón  
por mis pecados y por los pecados del mundo,  
ayúdame a participar, aunque sea un poco,  
del dolor que te cuesta sanar mi corazón,  
el que contemplo en la cruz.

### **3. Conocerse a sí mismo y mantenerse despierto<sup>4</sup>**

Hemos ido descubriendo en las dos meditaciones anteriores que la disposición incondicional a dejarnos cambiar por Dios y el arrepentimiento verdadero constituyen los fundamentos primeros e

indispensables para alcanzar la meta a la que estamos llamados por la misericordia de Dios: nuestra transformación en Cristo.

Vamos a dedicar esta meditación a descubrir dos actitudes muy relacionadas entre sí que, en negativo, son un gran obstáculo para nuestro camino de transformación: la ignorancia de nuestras características y problemas, y la inconsciencia de lo que nos sucede y de lo que somos. Dicho en positivo: el conocimiento profundo de nosotros mismos y la consciencia de lo que sucede en nosotros y lo que llama a nuestro corazón son una clave de nuestra conversión en Cristo.

## **1. Conócete a ti mismo**

### **La falta de conocimiento propio**

Encontramos, especialmente entre nosotros, los cristianos practicantes, muchas personas que tienen un gran deseo de cambiar, y que de hecho hacen grandes esfuerzos para cambiar, pero que fracasan porque ponen su esfuerzo en evitar faltas imaginarias o sin importancia, mientras desconocen los pecados y vicios que realmente les impiden avanzar. Se esfuerzan por conseguir virtudes que ya tienen, que no necesitan o que son imposibles, mientras que no saben qué cambios precisos son los que les llevarán a su transformación en Cristo.

Una de las estrategias que más divierten al demonio es hacernos perder tiempo, esfuerzos y gracia luchando contra molinos de viento, mientras que seguimos alimentando a los verdaderos enemigos. Al demonio le encanta que vayamos corriendo de un lado a otro de la barca de nuestra vida intentando apagar fuegos y echando agua por todas partes, mientras el barco se hunde porque tiene un boquete en el casco que podríamos reparar si lo descubriéramos.

La mayoría de nosotros hace con su vida espiritual y su transformación en Cristo, lo que no haría en otros campos de la vida. A nadie -por lo menos en su sano juicio- se le ocurre tomar

medicinas, someterse a un tratamiento o a una operación sin saber lo que tiene. No nos basta con saber que una medicina sea buena o eficaz para tomarla, ante todo necesitamos saber si tenemos necesidad de tomarla. En la vida cristiana, la mayoría de nosotros elige cuánto y cómo ora sin saber lo que necesita, decide casi a voleo las virtudes que debe ejercitar (normalmente las que nos resultan más fáciles, no las más necesarias); decidimos los medios espirituales (frecuencia en los sacramentos, lecturas, personas que nos puedan ayudar...) más por lo que nos gusta que por lo que necesitamos, como el que toma una medicina porque le gusta el sabor o el color que tiene.

Además, tenemos una excusa preparada para defendernos de la necesidad de conocer lo que nos pasa y buscar lo que necesitamos. «¿Es que no es bueno hacer esto o aquello?», decimos. «¿Es que es obligatorio un determinado medio espiritual o adentrarnos en la lucha por una virtud concreta?». Y nos quedamos tan tranquilos. Como si fuese suficiente decir que son buenas las aspirinas o el *sintron* para tomarlo cuando nos dé la gana. Como si fuera lógico decir que no es obligatorio escayolarse u operarse de apendicitis, para no mirar si tenemos un brazo roto o estamos a punto de una perforación de apéndice.

Si realmente queremos cambiar, necesitamos saber lo más exactamente posible cuáles son nuestras debilidades y nuestras necesidades y cómo hacerles frente. ¡Atención! Cada uno las suyas. No vale la misma medicina para el imprudente que para el tímido; no sirve el mismo entrenamiento para el misionero que para el monje o para la madre de familia; no necesita la misma ayuda el que empieza a descubrir sus pecados que el que va afinando en su imitación de Cristo.

## **Falso autoconocimiento**

Evidentemente no nos estamos refiriendo al mero conocimiento psicológico, aunque en muchas ocasiones puede ayudar, si nos proporciona una base objetiva para ir más allá. Y, sobre todo, hay que huir de un tipo de conocimiento de nosotros mismos en el que

nos miramos desde fuera, como meros espectadores de nosotros mismos, como si no tuviéramos responsabilidad en lo que somos y no pudiéramos hacer nada para cambiar. Ese conocimiento meramente neutral nos hace expertos de nosotros mismos, nos ayuda a conocer nuestras reacciones, defectos y capacidades, pero nos acaba justificando («yo soy así»), no nos ayuda a cambiar.

Es curioso cómo la mentalidad actual y los medios de comunicación aceptan que alguien se mire a sí mismo como si se tratara de un personaje de ficción y narre sus defectos, sus errores y faltas como si no tuviera ninguna responsabilidad en ellas. Esa forma de reconocer los pecados «sin complejos» ni «vergüenza» en el fondo no lleva a un verdadero conocimiento de sí y de las deficiencias morales, porque los defectos y pecados ya no se ven como tales, sino como simples características, y se reconoce que se es adúltero o mentiroso con la misma tranquilidad que se afirma que se es rubio o bajito (a veces con más tranquilidad aún).

De ese conocimiento meramente exterior y aséptico no nace ninguna disposición a cambiar y, además, es estéril y contraproducente porque se basa en pensar: «soy así», «voy a seguir siendo así» y «no hay nada malo en ser así». Es un conocimiento de uno mismo que, con algún elemento de verdad, es falso, incompleto y falto de la más elemental implicación y esperanza. Este conocimiento no nos ayuda a cambiar porque nos acaba dando la sensación de que nuestros defectos (normalmente compartidos con otros) son perfectamente normales.

Quizá puede parecer una exageración, pero hay confesiones o planteamientos en la vida espiritual que se hacen con este tipo de autoconocimiento: son tan exactas como frías, tan precisas como carentes de sentimiento de responsabilidad, tan completas como vacías de deseo de cambiar. Es de temer que esas confesiones no valgan para nada de cara al perdón o a la conversión.

## El verdadero conocimiento de sí

El único conocimiento de uno mismo, profundo y dinamizador, es el que nace de la confrontación con Dios. A la vez que nos permite encontrar el verdadero espejo en el que mirarnos y el modelo con el que compararnos, ese conocimiento siempre nos mueve y nos da esperanza.

Es una paradoja más, como otras de nuestra fe, pero el que quiera conocerse realmente a sí mismo, el que quiera aquilatar cuál es su situación, ante todo debe mirar a Dios, debe compararse con Cristo. Ésa es la intuición de san Agustín: «si pudiese conocerte a ti, me conocería a mí», que se convierte en un programa y en una tarea: conocerte a ti, para conocerme a mí... y para descubrir lo que debo ser. La contemplación de Cristo, valiosa por sí misma, siempre nos llevará además al conocimiento de nuestra realidad (y de nuestra diferencia con él), y nos moverá a la conversión en la dirección verdadera: nuestra transformación en él. Por eso no hay transformación sin contemplación, no hay conversión sin una mirada atenta a Cristo y a nosotros desde lo que es él.

Sólo cuando descubrimos cuál es nuestra situación real ante Dios empezamos a conocernos a nosotros mismos: cuál es el estado de mi relación con Dios; a qué me llama Cristo; cuál es mi vocación; cuál es mi situación real con relación a la meta que él me ha puesto; cuál es mi situación frente a mi destino eterno, cuál es el juicio final que me haría Dios en este momento, en esta situación en la que me encuentro.

Sólo la luz de Dios y la llamada que nos dirige nos permite conocernos de verdad, sin excusas, ni acomodaciones al ambiente. Entonces nuestros ojos se abren a nuestras verdaderas deficiencias, faltas y enfermedades, nos permiten ver la distancia entre lo que somos y lo que deberíamos ser. Automáticamente este conocimiento nos ayuda a encontrar los medios y el camino para una conversión verdadera.

Curiosamente este conocimiento sólo tiene una condición: no hace falta una especial inteligencia, ni siquiera especiales

conocimientos sobre Cristo, sobre su palabra o sobre la vida espiritual. La única condición para este conocimiento es estar dispuestos a dejarse cambiar (por eso es tan importante esa primera condición que veíamos). Las mejores inteligencias, los mejores teólogos fracasan en el conocimiento de sí mismos ante Dios en el mismo momento en que no quieren cambiar. Se hacen ciegos a la luz que es Cristo, como los fariseos, porque no están dispuestos a que cambie su vida. Por lo tanto, un corazón abierto a esa luz, que es capaz de exponer a esa luz su pecado, que deja que esa luz le muestre la meta lejana a la que Dios le llama, es capaz de una conversión espectacular a pesar de los muchos pecados, de la falta de inteligencia o del desconocimiento inicial de Cristo.

San Pablo, en su conversión, queda derribado por esa luz que le ciega y le transforma a la vez y hace las dos preguntas claves que le llevan al verdadero conocimiento de sí mismo que le impulsa a la conversión y a la santidad: «¿Quién eres?», «¿Qué quieres?» (cf. Hch 22,8.10). Su persecución a Cristo, su desconocimiento de Jesús quedan derrumbados ante la sinceridad de sus preguntas.

Nosotros no podemos dar un paso en nuestra conversión sin esa disposición a cambiar y sin ese conocimiento de nosotros mismos desde Dios. No es que haya que orar mucho para convertirse, hay que orar *de esta manera* para vernos a la luz de Cristo y de su voluntad sobre nosotros, para descubrir el cambio que necesitamos y acertar con el camino y las ayudas que necesitamos. A veces, desgraciadamente, tenemos que orar mucho, a causa de nuestros miedos y justificaciones, hasta que aprendemos a orar de este modo.

No se trata de centrarnos en nosotros mismos, ni de alimentar ningún tipo de curiosidad acerca de nosotros. Este autoconocimiento del que hablamos, desde Dios, tiene una motivación precisa y una meta concreta: por amor a Dios deseamos transformarnos en otro hombre, el hombre nuevo a imagen y semejanza de Cristo. Es responder a la vocación amorosa de Dios que nos llama a transformarnos, lo que nos hace mirarnos, pero en el espejo que es Cristo, con la luz de Dios, y no para recrearnos en lo que somos

(ni para lamentarnos, ni para justificarnos), sino como el primer paso para saber lo que tenemos que ser y cómo llegar a serlo.

## **Un sufrimiento alegre y esperanzado**

Lejos de paralizarnos o desanimarnos, como piensan algunos, este conocimiento es luminoso y positivo, por muy distintos que seamos de Cristo, por muy lejos que estemos de Dios.

Claro que resulta doloroso comprobar cómo se deshacen nuestras falsas ilusiones de bondad, nuestras falsas esperanzas de salvación, nuestras justificaciones ante Dios. Sufrimos al comprobar lo lejos que estamos de la meta para la que Dios nos ha creado, lo distintos (realmente, lo opuestos) que somos de Cristo. Pero en ese dolor -sólo a través de ese dolor- se empieza a filtrar en nuestro corazón de piedra la esperanza y la alegría verdadera porque descubrimos que Dios cuenta con esa realidad y que desde esa realidad está dispuesto a perdonarnos y a transformarnos.

Este conocimiento de nuestros defectos y limitaciones, como tiene su fundamento en nuestra disposición de dejarnos cambiar, contiene siempre un impulso positivo a la superación, es portador de la esperanza de la conversión.

Por muy doloroso que sea reconocer lo oscuro en nosotros no nos agobia ni nos deprime, porque cuanto más ahondamos en nuestra verdad (por triste que sea) más cerca estamos de Dios que nos espera en nuestra verdad para transformarnos desde lo que somos (y sólo desde ahí). El mero hecho de salir de nuestros autoengaños y justificaciones es ya un enorme progreso y una liberación, empezamos a caminar hacia Dios, por lejos que estemos. Este conocimiento de la verdad de nuestra situación ante Dios, por dolorosa que sea, ya nos está haciendo mejores; y, sobre todo, nos pone en el camino de la verdadera conversión, nos hace encontrar el punto de partida y la meta, no perdemos nuestro tiempo, nuestros esfuerzos y la gracia de Dios caminando a ciegas.

Es más, tenemos que considerar este conocimiento como un verdadero regalo de Dios, uno de los más importantes para nuestra

conversión: Dios nos muestra cuál es el campo de batalla, quién es nuestro verdadero enemigo y con qué armas tenemos que luchar. Es la mejor ayuda para nuestra victoria contra el mal, contra el hombre viejo.

Este sufrimiento sólo es negativo si, después de descubrir lo que somos y lo que tenemos que ser, dónde estamos y a dónde tenemos que llegar, nos encerramos en nuestras pobres fuerzas y nos atascamos en nuestras justificaciones. Pensamos: «¡Es imposible!» Con nuestras fuerzas y capacidades, claro que sí. Pero nuestra capacidad viene de Dios, nuestra transformación la realiza él, es en Cristo «por cuya sangre hemos recibido la redención, | el perdón de los pecados» (Col 1,14).

Nuestro conocimiento desde Dios nos hace descubrir, a la vez que nuestro pecado y debilidad, que por nosotros mismos no podemos *nada*, que con Cristo lo podemos *todo*. No podemos saltar el abismo que nos lleva desde nuestra situación de pecado a la santidad, pero si nos arrojamos sin reserva en los brazos de Cristo, él sí puede llevarnos a la meta que es el mismo Dios.

Queda mucho camino, realmente todo el camino. No pensemos que ya hemos terminado. Conocemos la enfermedad, empecemos la curación. Hemos encontrado el camino, caminemos detrás de Cristo.

## **La ayuda necesaria para el autoconocimiento**

Dicho todo esto tenemos que dar una advertencia de orden práctico. Normalmente -salvo rarísimas excepciones- necesitamos ayuda de otras personas para este autoconocimiento. Es tan fácil engañarnos a nosotros mismos, son tan fuertes nuestros mecanismos de defensa para no ver nuestra propia realidad, que incluso la oración es insuficiente para llegar a este conocimiento.

Necesitamos un espejo para vernos a nosotros mismos desde fuera, sin la deformación de nuestras mediocridades y justificaciones. Mucho más práctico que largas horas de oración hecha con las gafas de nuestra complacencia en nosotros mismos, sería una



simple charla con alguien que nos conozca y nos quiera, con la condición de que dejemos que nos hable con sinceridad, sin defendernos ni atacar.

Incluso nos hace falta esa ayuda de otros para descubrir si en la oración nos estamos mirando en el rostro de Dios o en el de nuestros propios ideales para desanimarnos o en el de nuestra propia mediocridad para quedarnos tranquilos. Cuando somos capaces de ponernos ante un hombre de Dios para manifestar lo que vemos de nosotros mismos y lo que descubrimos que somos y tenemos que ser ante Dios, la luz de Dios se hace más nítida y más fuerte. Cuando no somos capaces de escuchar a los demás, de manifestar nuestros descubrimientos a un padre espiritual, difícilmente podemos pensar que somos capaces de ponernos con sinceridad a la luz de Dios para vernos como somos.

Eso que el religioso debería encontrar en su superior o en su comunidad de hermanos, la verdad que empuja al bien, la corrección fraterna, lo debe buscar en un director espiritual o en una verdadera amistad espiritual -por difícil o doloroso que resulte- el cristiano que quiera convertirse en Cristo y permanecer en la verdad de su realidad y la llamada de Dios.

Tendríamos que tener la humildad de reconocer que solos no podemos, que necesitamos ayuda: un padre espiritual que nos conozca y nos ayude a ponernos delante de Dios; amigos espirituales que no nos justifiquen o compadezcan, sino que nos lleven siempre a la verdad que duele pero sana. Grupos cristianos que no se dediquen a cantar las alabanzas unos de otros y de lo bien que lo hacemos todos, sino que nos ayuden a no pararnos, a avanzar siempre, a reconocer nuestros errores, a conocernos de verdad. Incluso escuchar lo que con verdad dicen de nosotros nuestros enemigos, los que no nos aman, los que no nos comprenden, porque ellos nos ven sin complacencias y en sus críticas podemos descubrir rasgos de nuestro retrato que nadie más se va a atrever a decirnos.

Contra nuestra habitual rebeldía a todo el que nos pone ante el espejo de lo que somos, deberíamos besar la mano que señala nuestra verdadera herida, porque sólo ella nos pone en el camino de la salvación.

## 2. Estar despiertos a lo que nos pasa

Después de ese conocimiento inicial de nosotros mismos, es necesario mantenernos siempre despiertos a lo que somos, a lo que nos pasa y a dónde vamos. Si el comienzo de la conversión supone el conocimiento de uno mismo ante Dios, como si despertáramos de un sueño; el camino de la conversión supone una forma concreta de mantenernos despiertos y atentos a nosotros mismos. No nos vaya a suceder lo que dice Santiago:

Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era. Pero el que se concentra en una ley perfecta, la de la libertad, y permanece en ella, no como oyente olvidadizo, sino poniéndola en práctica, ese será dichoso al practicarla (Sant 1,22-25).

El Señor insiste con fuerza en la necesidad de estar despiertos, vigilantes, atentos a lo que pasa<sup>5</sup>:

Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!» (Mc 13,35-37).

El hombre dormido o inconsciente es presa de los estados de ánimo, de las circunstancias, de las impresiones y de las opiniones. Se queda en lo superficial de sí mismo y de los demás y actúa en consecuencia. De poco nos sirve hacer un esfuerzo extraordinario en un momento determinado por descubrir nuestra verdad ante Dios, si no nos mantenemos despiertos y vigilantes; si luego, en el día a día nos olvidamos de lo que somos y a dónde vamos. El hombre consciente es el que no se deja arrastrar por las

circunstancias o los sentimientos, sino que las clasifica con un criterio infalible, la luz de Dios, el rostro de Cristo.

Lo primero que tenemos que hacer para mantenernos realmente conscientes es *distinguir* entre las impresiones, sentimientos e influencias las que hay que seguir y las que hay que colocar en su sitio. El niño se deja llevar por sus sentimientos, el adulto distingue el significado y la importancia de cada cosa y decide en función de ello. El cristiano, considera a la luz de Dios todo lo que le pasa, lo compara con Cristo, y aprende a distinguir lo que tiene importancia y lo que no, lo que hay que secundar y lo que hay que rechazar. No se deja llevar por el primer impulso, ni por la primera influencia, todo lo pasa por el filtro de Cristo, vive en la luz de Cristo, está despierto.

Ante un mundo que defiende la espontaneidad por sí misma («déjate llevar por tu corazón, haz lo que te apetezca, no reprimas tus deseos...»), y que piensa que es libre el que se deja llevar por cualquier viento; el hombre consciente -y el cristiano ha de serlo si quiere ser cristiano- toma suficiente distancia de todos los impulsos interiores y exteriores para poder separarlos y decidir a la luz de Cristo lo que vale y lo que no vale, lo que hay que secundar voluntariamente y a lo que hay que oponerse o sufrir. Sabe a dónde va y aprovecha los vientos favorables y reconoce los vientos en contra. Claro que experimenta, como cualquier otro, miedos, tentaciones, desánimos o euforias... pero no da la primera respuesta que se le ocurre, no se deja llevar; se para, se da cuenta, mira a Cristo y decide.

Esta vida consciente hace posible un instrumento esencial para nuestra transformación en Cristo: la *continuidad*. Es cierto que no cambiamos en un día, que la transformación en Cristo es un proceso. Pero normalmente no cambiamos porque nos falte paciencia, sino por falta de continuidad. Vamos dando bandazos en nuestros objetivos, según nuestro estado de ánimo, las dificultades o el ambiente. Tomamos o abandonamos los medios espirituales, no por lo que somos o lo que necesitamos, sino por el gusto que nos dan o la facilidad de realizarlos. La consciencia nos permite

mantener nuestro rumbo dirigido a la meta, que es Cristo, y emplear con constancia los medios para alcanzarla el tiempo que sea necesario para que esa transformación sea eficaz.

No se trata de inmovilismo, de permanecer cerrado a toda influencia, de mantener las costumbres que nos dan seguridad. ¡Todo lo contrario! Se trata de estar en permanente movimiento, pero hacia una meta clara; consiste en estar siempre atento al timón de nuestra vida y que no nos tiemble el pulso cada vez que haya que corregir el rumbo porque nos damos cuenta de a dónde vamos realmente y sabemos a dónde tenemos que ir. No se trata de ser fieles a nosotros mismos o a nuestros principios, sino a Cristo, que nos dice «sígueme» y que nos obliga a estar siempre atentos a sus huellas.

Sólo el que mantiene esa permanente atención, y se pone una y otra vez bajo la luz de Dios en cada circunstancia (eso es la oración, el examen de conciencia, la presencia permanente de Dios, la dirección espiritual...) hace posible su conversión, va dejando paso a paso que Dios lo transforme en Cristo. Debemos confrontar todas las cosas con Cristo, vivir bajo la mirada de Dios, mirando nuestra vocación y nuestra meta. Este poderoso instrumento mantiene nuestra decisión de dejarnos transformar y hace posible que la conversión sea un proceso real y no un mero deseo.

## Oración final

—«¿Qué quieres que haga por ti?»,  
le dijiste Señor al ciego sentado al borde del camino.  
—«Que pueda ver», te respondió.  
Ésa es también mi petición, Señor.  
Que vea,  
porque necesito tener los ojos abiertos a mi propia verdad.  
Dame tu luz,  
para que me dé cuenta  
de lo que soy,  
de dónde estoy,

de lo que me hace falta  
y de lo que me separa de ti.  
Si no,  
yo también seré un ciego parado al borde del camino...  
que lleva a ti.

Ya no quiero, Señor,  
perder más tiempo,  
más fuerzas,  
ni desperdiciar más gracia,  
luchando por alcanzar... lo que ya tengo,  
buscando afanosamente... lo que es imposible,  
mientras dejo de hacer... lo que cambiaría mi vida.

Necesito tu luz,  
para no afrontar a ciegas  
la tarea de mi conversión.  
Quiero poner mi vida bajo tu luz  
para que salga a la luz  
mi pecado, mi enfermedad  
y todo lo que me hace distinto de ti.

Ya no quiero, Señor,  
Huir más de tu luz,  
necesito saber la verdadera enfermedad de mi corazón,  
y aceptar el tratamiento,  
para colaborar contigo.

Sé que, a la larga,  
es más peligroso huir de mi realidad,  
que cualquier pecado,  
que cualquier defecto.  
Sé que puedo mirar sin miedo en mi interior,  
porque te tengo a ti,  
no sólo como luz para iluminarme,

sino como fuego que devora el pecado,  
purifica y transforma.

Necesito que, con tu luz,  
caiga de mi cara la falsa imagen que he creado de mí,  
que rompas la máscara de creer que ya soy como tú,  
para que surja mi rostro de verdad,  
el del pecador que necesita ser perdonado,  
el del mediocre que tiene que ser impulsado,  
el del infiel que ha de ser fortalecido.  
Sólo cuando caiga mi falsa imagen,  
tu luz iluminará mi cara  
y harás mi rostro semejante al tuyo.

Quiero mirarme en ti  
como en un espejo.  
Descubrir en tu rostro,  
lo que tengo que ser.  
Descubrir en tus rasgos,  
lo que me hace diferente de ti.  
Contemplar tu semblante,  
hasta que yo me convierta en tu reflejo,  
y mi rostro sea tu rostro.

## 4. El trabajo sobre uno mismo<sup>6</sup>

Venimos subrayando en las meditaciones anteriores que nuestra transformación en Cristo depende fundamentalmente de Dios, es Dios el que nos transforma. Nos transforma su gracia, nos cambia con su fuerza poderosa; si no, nuestra conversión no sería más que un pequeño lavado de cara de algunos aspectos parciales de nuestra vida moral. Pero la realidad es que nuestra conversión en Cristo sólo la puede realizar él mismo.

Desde luego, eso no quiere decir que nosotros no podamos hacer nada, no tengamos que colaborar en nuestra conversión. Hay que recordar siempre las palabras de san Agustín: «Dios que te

creó sin ti, no te salvará sin ti». Nos salva y nos transforma Dios, pero no, sin nuestro consentimiento y colaboración.

Lo que hemos ido descubriendo hasta ahora son los primeros pasos para esa conversión. Pasos que tenemos que dar nosotros: 1) un deseo verdadero y profundo de dejarnos cambiar; 2) un auténtico arrepentimiento de nuestros pecados; 3) el conocimiento de nuestra verdadera situación ante Dios.

¿Y nada más? ¿Sólo esperar? Sin olvidar que esa transformación es don gratuito y es el trabajo que Dios tiene que realizar en nosotros, nos vamos a preguntar en esta meditación: «¿Qué podemos hacer nosotros?» Tratando siempre de esquivar los dos precipicios: el de la autosuficiencia («lo hacemos todo»); y el del falso abandono («no hay que hacer nada»).

## 1. Una distinción fundamental

Nos solemos hacer muchos líos en nuestra vida cristiana por no distinguir dos ámbitos muy diferentes de lo que podemos hacer en nuestra conversión: a) Un ámbito es la *decisión interior* a favor de Cristo, la aceptación de su mensaje, el sí firme al modo de vida y a la relación con Dios y con los demás que Jesús propone en el Evangelio; b) El otro lo forman los *actos externos* que podemos realizar o dejar de hacer en nuestra situación concreta que pueden ir cambiando nuestra forma de ser, de sentir y actuar.

Y es muy importante no confundirlos porque estas dos formas de colaborar en nuestra conversión son necesarias y muy distintas entre sí:

a) La primera, la decisión interior de seguir a Cristo, rechazar la vida del hombre viejo y aceptar la vida de Dios en nosotros con todas sus consecuencias, conscientes de que se puede y se debe realizar plenamente, sin fisuras ni dudas, de una vez por todas. Una decisión de este tipo sí está en nuestra mano una vez que estamos iluminados por la luz del Evangelio. Claro que hay que mantenerla (y tal vez profundizarla o renovarla) durante toda la

vida, pero, en principio, se puede y se debe hacer de una vez para siempre.

b) La segunda, los actos exteriores para cambiar nuestra forma de pensar, sentir y actuar, siempre producen un resultado muy limitado. Esta forma de colaborar con nuestra conversión tiene que contar con nuestras capacidades e influencias, con nuestra historia y circunstancias. Siempre es limitada y necesita tiempo. No está en nuestra mano cambiar los actos exteriores e interiores de una vez para siempre. Es más, todo el trabajo que podemos hacer y que hay que hacer en este sentido (que iremos desgranando enseguida) siempre es insuficiente.

El lío que nos hacemos es pensar que esa decisión de seguir a Cristo podemos tomarla poco a poco, nos podemos consentir dudas o vacilaciones en ella, o permitimos dejarla para más tarde. Esa decisión interior, sea cual sea la situación desde la que se parta, debe ser plena y sincera; si no, la conversión a Cristo está herida de muerte por la indecisión y el autoengaño.

El otro lado del lío es pensar que está en nuestra mano producir un cambio rápido y plenamente eficaz con una serie de actos concretos (en nuestra ingenuidad son siempre pocos y fáciles, casi «mágicos»): una oración, una novena, una penitencia... Y nos rompemos la cabeza buscando una especie de actos «supereficaces» que, si los realizáramos, cambiaría nuestra forma, no sólo de actuar, sino de sentir y de ver la realidad, en un instante y para siempre. Y como no lo conseguimos, pensamos que nuestra decisión de seguir a Cristo no es sincera o que no podemos hacer nada para cambiar.

Podemos poner un ejemplo sencillo (e imperfecto) para intentar subrayar la diferencia entre estos dos ámbitos: cuando un caminante se da cuenta de que está perdido o de que quiere cambiar la meta de su viaje, ese cambio de dirección se hace en un instante y no se debe vacilar lo más mínimo: «quiero ir hacia allá, éste es el camino verdadero y lo quiero seguir, doy la vuelta y cojo otro camino». Pero luego depende de lo lejos que me haya ido, de mis



fuerzas y capacidades, que tarde más o menos en llegar; encontraré dificultades que tardaré en salvar o tendré momentos de debilidad que me retrasen... pero no cambio la decisión, ni me desanimo porque me cueste y tenga que caminar paso a paso hacia la nueva meta por el camino verdadero. El ejemplo es imperfecto porque en el caso de la conversión, aunque sea imprescindible nuestra decisión y necesario nuestro trabajo concreto, siempre nos hará falta que Dios cargue con nosotros y nos lleve hasta el final.

Lo decisivo es, por tanto, la conversión interior, libremente decidida, la voluntad básica de dejarse transformar ilimitadamente por Cristo. El camino que hay que recorrer desde esa decisión al cambio de nuestros hábitos y virtudes pasa por muchos actos concretos en los que actualizamos esa decisión inicial. La transformación contemplada y aceptada en un primer momento clave, sólo se realiza aplicando adecuadamente nuestra libertad en multitud de decisiones concretas.

## **2. Qué podemos hacer**

A estas alturas, damos por supuesto el «sí» a dejarnos convertir por Cristo que ya hemos mostrado en la primera meditación. Pero nadie debe darlo por supuesto en su vida, porque sin ese «sí» a Cristo, sincero y rotundo, todo lo que vamos a decir no vale para nada. Es más, puede ser muy peligroso porque pensamos que, por el hecho de que estamos trabajando en un aspecto concreto de nuestra vida, podemos aplazar la decisión radical de seguir a Cristo.

Lo que queremos mostrar con esta meditación es que ese «sí» interior, por profundo y verdadero que sea, no es suficiente. Estamos llamados a colaborar en nuestra transformación en Cristo mediante una serie de actos que podemos decidir con nuestra libre voluntad, en ese segundo terreno del que acabamos de hablar. En nuestra conversión es también necesario el trabajo humilde, consciente y constante. Sabiendo, a la vez, que sólo Dios puede llevarla

hasta el final. Es más, si podemos realizar esos actos concretos, es porque Dios nos mueve hacia y él nos ayuda.

En nuestra colaboración en la conversión podemos distinguir tres capítulos: los actos, los sentimientos y las virtudes. El cumplimiento de la voluntad de Dios en las situaciones concretas en las que nos encontramos, el trabajo con nuestros sentimientos y pasiones, y la adquisición de un modo de ser, de sentir y de actuar que llamamos virtudes.

## Los actos

Cuando decimos que es Dios el que nos transforma, no queremos decir que dé igual las decisiones que tomemos y los actos concretos que realicemos; lo que queremos decir con ello es que esa transformación es mucho mayor, mucho más profunda que lo que nosotros podemos realizar.

Por lo tanto, sin rebajar la meta de nuestra transformación, tenemos que ponernos a la obra en lo que nosotros podemos hacer. Tenemos que afrontar, una a una, las situaciones de nuestra vida en las que tenemos que ir decidiendo de cara o de espaldas a la verdad o a la misericordia; en las que decidimos dejarnos llevar o no por nuestros sentimientos de ira o de apatía, por nuestra forma de ser apocada o irreflexiva. No lo olvidemos: uno por uno. Sin conformarnos con el «yo soy así» o «siempre caigo en esto» o «es que me cuesta mucho». No podemos decidir, en principio, lo que sentimos o lo que nos cuesta, pero eso no quiere decir que no podamos en cada situación concreta responder adecuadamente a la llamada de los valores del Evangelio. Ni las caídas, ni las limitaciones, ni los cansancios son excusas para dejar de decidir e intentar en cada momento el acto adecuado al seguimiento de Cristo.

Pero hay mucho más que eso: podemos analizar nuestras decisiones (las adecuadas y las equivocadas), podemos buscar nuevas formas de afrontar las situaciones que sabemos que nos vamos a volver a encontrar, podemos anticipar las respuestas que damos y las que deberíamos dar... Eso también forma parte del

examen de conciencia, de la reflexión ante Dios de nuestra conducta, de una forma de vivir consciente y responsable que quiere darse cuenta de lo que hace y de lo que debe hacer.

Podemos prever: saber las situaciones que debemos evitar o las cautelas (hasta los trucos) que debemos aplicar (como hizo Ulises al atarse al mástil del barco para no seguir la llamada de las sirenas).

Podemos y debemos, ya en este terreno, buscar la ayuda de Dios: acudir a él antes y durante el momento de la decisión o de la dificultad, recordando las palabras del Señor: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

Podemos y debemos mirar incansablemente a Cristo, su forma de actuar, escuchar su enseñanza; y mirarnos en él para descubrir lo que estamos llamados a ser, cómo tenemos que reaccionar, lo que tenemos que responder.

Podemos entrenar nuestra voluntad, fortalecerla, con pequeñas luchas a nuestro alcance (ése es el sentido del ayuno o de la mortificación), no para justificarnos y sentirnos tranquilos, sino para aceptar las luchas y las renunciaciones de verdad que nos plantea la vida cristiana.

En resumen, podemos influir en nuestros actos (no tenemos que resignarnos a ellos): directamente en cada decisión, indirectamente preparándonos y fortaleciéndonos.

Pero hay un caso especial de actos que pueden influir especialmente en nuestra transformación. Son ciertas ocasiones muy especiales en las que se pone a juego nuestra libertad de forma especial y en las que nuestra decisión provoca un cambio moral más profundo: cuando estamos frente a una persona a la que tenemos gran rencor, si perdonamos, producimos un cambio profundo en nuestro corazón de piedra. Ante una profunda humillación, si la aceptamos por amor a Cristo con mansedumbre, puede suponer un golpe mortal a nuestra soberbia. Lejos de momentos «duros», como creemos, se trata de ocasiones especiales que nos regala la gracia de Dios para poder transformar con nuestras acciones

nuestra forma de ser. No podemos provocar permanentemente esas ocasiones. Pero sí está en nuestro poder reconocerlas y aprovecharlas.

## Los sentimientos

¡Atención con nuestra forma de reaccionar ante los sentimientos! ¿De qué estamos hablando? «Los sentimientos o pasiones designan las emociones o impulsos de la sensibilidad que inclinan a obrar o a no obrar en razón de lo que es sentido o imaginado como bueno o como malo (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1763)».

Tenemos que aprender que, en principio, no somos responsables de los sentimientos que surgen en nuestro interior. No está en nuestro poder sentir indiferencia ante una obra buena o sentir compasión hacia una persona necesitada. Con nuestra voluntad no podemos borrar de nuestro corazón la envidia o la alegría por el mal ajeno.

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que «en sí mismas, las pasiones no son buenas ni malas. Sólo reciben calificación moral en la medida en que dependen de la razón y de la voluntad» (*Catecismo*, nº 1767).

Por eso es absurdo sentirnos culpables de los sentimientos que surgen en nosotros; o creernos malos porque no podemos evitar tener determinados sentimientos; o pensar que no podemos avanzar en la virtud porque no surgen espontáneamente en nosotros unos sentimientos intensos de amor hacia Dios y hacia los demás.

¿Entonces no podemos hacer nada con los sentimientos? De ningún modo. No podemos evitar que surjan, ni podemos provocarlos. Pero a partir de ahí podemos aceptarlos o rechazarlos; actuar conforme al sentimiento o conforme a la opción fundamental de seguir a Cristo; dejarnos arrastrar por los sentimientos o filtrarlos a la luz del Evangelio para secundar los que nos impulsan hacia el bien y rechazar los que nos mueven hacia el mal.

También dice el Catecismo: «Los sentimientos más profundos no deciden ni la moralidad, ni la santidad de las personas... Las

pasiones son moralmente buenas cuando contribuyen a una acción buena, y malas en el caso contrario. La voluntad recta ordena al bien y a la bienaventuranza los movimientos sensibles que asume; la voluntad mala sucumbe a las pasiones desordenadas y las exacerba. Las emociones y los sentimientos pueden ser asumidos en las virtudes, o pervertidos en los vicios» (*Catecismo*, nº 1768).

Los sentimientos son la materia prima con la que tenemos que trabajar: es verdad que muchos pecados se cometen dejándose llevar por los sentimientos y las pasiones; pero con los mismos sentimientos -luchando contra ellos- muchos han llegado a ser grandes santos. Es verdad que hay que secundar los buenos sentimientos de piedad y misericordia que nos mueven a amar a Dios o al prójimo; pero muchos santos han caminado en la ausencia de esos sentimientos o luchando con fuertes sentimientos contrarios a Dios o a los demás.

Es muy importante saber -especialmente en el momento en que los sentimientos parecen arrastrarnos— que podemos seguirlos o rechazarlos. Porque en ese momento nos creemos la mentira de que «no se puede luchar contra los sentimientos». No podemos evitar tenerlos, sí podemos evitar seguirlos.

Sabiendo además que, cuando no obedecemos a un sentimiento negativo porque no encaja con nuestra decisión fundamental de seguir a Cristo, estamos debilitando la fuerza de ese sentimiento, aunque no consigamos hacerlo desaparecer de nuestra vida. Siendo conscientes de que, si secundamos un sentimiento de compasión hacia el hermano o de piedad hacia Dios, estamos alimentando y reforzando ese sentimiento. Y, al contrario, que con nuestro rechazo de los buenos sentimientos y nuestra rendición ante los malos estamos potenciando en nuestro interior un mundo sensible contrario a nuestra transformación en Cristo.

Pero prestemos atención a un grave peligro. Nadie intente el atajo de crear artificialmente los sentimientos buenos, cayendo en un sentimentalismo estéril, centrando el trabajo en el sentimiento y

no en la respuesta a Cristo. Con los sentimientos se lucha, se trabaja, se los modera o se los potencia, pero por medio de los actos, en el campo de la decisión libre, con la cabeza y con las obras.

Evidentemente podemos crear un clima favorable al control de los sentimientos: la consciencia, la reflexión y el conocimiento de sí favorecen este trabajo; nuestras prisas y nuestra superficialidad, la irreflexión y el dejarnos llevar por los tópicos, hacen casi imposible que podamos tomar las riendas de los sentimientos y dirigir voluntariamente nuestra vida hacia Cristo.

Como siempre, tenemos que hacer aquí dos anotaciones: 1) toda esta lucha no se hace sin la ayuda de Dios; 2) la transformación que Dios con su Espíritu puede realizar directamente en nosotros es muy superior porque nos puede dar los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Flp 2,5).

En la vida cristiana, el Espíritu Santo realiza su obra movilizándolo todo el ser incluidos sus dolores, temores y tristezas, como aparece en la agonía y la pasión del Señor. Cuando se vive en Cristo, los sentimientos humanos pueden alcanzar su consumación en la caridad y la bienaventuranza divina (*Catecismo*, nº 1769).

## Las virtudes

Tenemos que partir del hecho de que no podemos cambiar directamente nuestra forma habitual de ser y de actuar, y mucho menos hacerlo de un plumazo. Una de las quimeras que impiden el trabajo de la verdadera conversión es pensar que cuando yo quiera, de forma rápida y fácil, sólo por el hecho de quererlo, voy a cambiar mis hábitos. Y es una quimera peligrosa porque nos permite seguir sin hacer nada, pensando que podré cambiar cuando yo quiera. Nada más lejos de la realidad.

Tenemos que ser conscientes de que hay un camino que recorrer paso a paso desde nuestra decisión incondicional de dejarnos transformar por Cristo ilimitadamente hasta el cambio profundo que hace que nuestros hábitos se identifiquen con la persona de Cristo. Esto se realiza en cada decisión, en infinidad de actos concretos, en los que actualizamos nuestra decisión radical de

dejarnos transformar en Cristo, hasta llegar a ser en todo como él. Cada uno de esos actos va impregnando nuestro ser de la forma de actuar de Cristo. Cambiamos en lo profundo, pero sólo así, con muchos pasitos concretos que hay que sumar, con múltiples actos concretos de cara a Cristo. Eso nos lleva a la postura contraria a la quimera que describíamos al principio: no hay tiempo que perder, no hay ocasión que desaprovechar, nunca podemos pararnos.

Recordemos lo que dice el Catecismo:

Las virtudes humanas son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien.

Las virtudes morales se adquieren mediante las fuerzas humanas. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos. Disponen todas las potencias del ser humano para armonizarse con el amor divino (*Catecismo*, nº 1804).

Las virtudes humanas adquiridas mediante la educación, mediante actos deliberados, y una perseverancia, reanudada siempre en el esfuerzo, son purificadas y elevadas por la gracia divina. Con la ayuda de Dios forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien. El hombre virtuoso es feliz al practicarlas (*Catecismo*, nº 1810).

### **3. ¿Podemos hacer algo para favorecer el cambio que sólo puede hacer Dios?**

Somos conscientes de que este cambio que se realiza con nuestro trabajo y con la ayuda de Dios en el ámbito de los actos, de los sentimientos y de las virtudes, es todavía insuficiente y nos deja a la mitad del camino.

Nos damos cuenta de que en las virtudes realmente importantes: la humildad, la confianza, y especialmente el amor a los demás y la entrega a Dios... nuestros esfuerzos se quedan muy lejos de la meta. Nos damos cuenta de que son realmente un don, un regalo de Dios, un fruto del Espíritu Santo que habita en nosotros. La fe,

la esperanza y el amor que nos mueven a creer plenamente en Dios, a esperar en él contra toda esperanza, a amarle realmente con todo nuestro corazón e incluso más allá de nuestras fuerzas, con el corazón de Cristo, son realmente un don de Dios.

Podemos necesitarlas, desearlas, pedir las... pero no están al alcance de nuestro esfuerzo como otras virtudes. Y surge de nuevo la pregunta de esta meditación ¿entonces no podemos hacer nada?

Directamente no. No podemos construirlas con nuestras fuerzas y nuestras capacidades, como montamos las piezas de un mecano. Pero indirectamente sí. Por un medio poderoso que está al alcance de todos y que abre las puertas a la acción de Dios, para que cree en nosotros los hábitos, la forma de ser, que nos hace semejantes a Cristo. Se llama *contemplación*.

Si somos realistas sabemos que la transformación de lo profundo de nuestro ser no se consigue con los cambios que nos proponemos o que conseguimos con nuestras fuerzas, sino por medio de una acción transformadora que se nos da como don cuando nos abrimos a la acción de la gracia. La contemplación es la forma de abrirnos a esa acción. Ya Platón decía «Con la contemplación de lo bello crecen las alas de nuestra alma». Eso que sucede con la bondad, con la verdad y con la belleza, sucede sobre todo con Dios, fuente y culmen de todo lo bueno, lo verdadero y lo bello. La contemplación lleva a la transformación. Es como un rayo de su luz que hiere y transforma nuestro corazón, que lo descongela, lo ilumina y lo hace madurar. Y la contemplación hace posible que ese rayo penetre en lo hondo de nuestra alma y llegue a esas raíces que ninguno de nuestros esfuerzos puede cambiar. «Contemplad al Señor y quedaréis radiantes», dice el salmista (Sal 34,6). «Mas todos nosotros, con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor», dice san Pablo (2Co 3,18).



¡Cuidado! No estamos hablando de arrobamientos o visiones que transforman sólo a los privilegiados que tienen esas gracias. Sino de que la contemplación sencilla y verdadera del rostro de Dios manifestado en Cristo, a través del Evangelio que hace presentes real y eficazmente sus palabras, sus actos y su persona misma, nos transforma más allá de nuestras fuerzas, porque es la luz de Dios la que penetra así en lo más hondo del alma. Se trata de que la contemplación de Cristo, presente realmente en la Eucaristía, con la sencilla actitud de mirarle sólo a él, de buscarle sólo a él, de abrir las puertas de nuestra vida a su presencia, permite que él realice su acción transformadora. Así actúa Dios. Sin prisas, en la aparente inactividad, en la exposición eficaz a una luz invisible a nuestros ojos, pero capaz de penetrar en las junturas del alma y cambiar lo que ni siquiera nosotros somos capaces de conocer. «La más profunda transformación de nuestro ser brota, por lo tanto, de nuestra entrega contemplativa a Dios» (Hildebrand). Lo hace él, sólo él... pero depende sólo de nosotros exponernos con paciencia a esa luz poderosa. Cuando nos olvidamos de nosotros mismos, incluso de lo que tenemos que hacer para cambiar, y nos dedicamos sólo a mirar su rostro, dejando que su luz resplandezca en nosotros, entonces él imprimirá su rostro en nuestra alma y seremos transformados en él.

Otra forma de acercarnos a la acción transformadora de la gracia son los sacramentos. El Bautismo es el que inicia y hace posible todo este proceso. En la vida cotidiana del cristiano son la Eucaristía y la Reconciliación las que nos permiten entrar en contacto con la acción transformadora sobrenatural que nace de la cruz. Pero ¡atención! La participación en los sacramentos no vale para nada si los entendemos como actos automáticos («mágicos») que suplen nuestra decisión o nuestro esfuerzo moral, si buscamos su efecto saludable evitando lo fundamental de los sacramentos: nuestra entrega plena a Dios para poder entrar en comunión con su vida. Sólo experimentaremos el poder transformador de los sacramentos cuando se encuentren con nuestra incondicional disposición a dejarnos transformar en Cristo, cuando busquemos en

ellos nuestra comunión con Cristo con todas sus consecuencias y no el simple bienestar de la comunión o la tranquilidad de la confesión.

En resumen: «Sólo podremos convertirnos en hombres nuevos en Jesucristo, si con nuestra voluntad colaboramos en nuestra transformación. Y por muy pequeña que en comparación con la labor de Dios pueda ser nuestra participación, no deja de ser muy grande, diverso y duro el trabajo que encierra nuestra parte» (Hildebrand).

## Oración final

Señor, tú quieres transformarme,  
tú quieres hacerme semejante a ti.  
Tú eres el que estás empeñado  
en la tarea de mi conversión.  
Tú eres el que haces lo más importante,  
mueres por mí para darme vida nueva,  
te ofreces en la cruz para el perdón de mis pecados.  
Me das tu gracia a raudales  
para convertir mi corazón de piedra  
en un corazón de carne,  
semejante al tuyo.

Pero quieres contar conmigo.  
Necesitas, ante todo,  
que yo quiera cambiar y que me deje cambiar,  
que deje que transformes mi vida.

Ayúdame a mantener siempre firme  
mi decisión de vivir contigo y como tú.  
Y que sea paciente en cada paso,  
en cada esfuerzo que me lleva a ti.  
Te pido, Señor, que, aunque me cueste toda la vida,  
no deje de hacer lo que está en mi mano  
para acercarme a ti.

Dame fidelidad para seguir tu camino  
y paciencia para seguirte paso a paso,  
sin saltarme ninguno.

Necesito y quiero, Señor,  
ponerme bajo tu luz,  
para que ella me transforme,  
para que brille tu rostro sobre mí,  
y así, contemplándote, me cambies.  
Enséñame a callarme y mirarte,  
a esperar y escucharte,  
a estar quieto y dejar que actúes,  
sin prisas,  
sin condiciones,  
confiando que tu luz y gracia bastan,  
si hago lo que puedo  
y aprendo a contemplarte  
para que hagas lo que sólo tú puedes hacer.

## **5. La conversión y el hambre y sed de la justicia<sup>7</sup>**

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5,6). «Para nuestra transformación en Cristo es indispensable tener “hambre y sed de justicia” en el verdadero sentido del reino de Dios» (Hildebrand).

Estamos acostumbrados a hacer un examen de nuestros pecados, pero no estamos tan acostumbrados a hacer un examen de nuestros anhelos, de nuestra hambre y de nuestra sed; y no nos damos cuenta de que no vamos a alcanzar nuestra transformación en Cristo saliendo una y otra vez de la cuneta, sino corrigiendo el volante torcido de nuestros anhelos y deseos, que nos hace salir del camino.

Es más, tenemos que descubrir que nuestra transformación en Cristo no se consigue anulando el hambre y la sed, consiguiendo

no desear nada, sino avivando en nuestro corazón una intensa hambre de Dios, una inmensa sed de Cristo. El hambre y la sed de ser justos, es decir de ser justos ante Dios, de ser santos, es el motor necesario para nuestra transformación en Cristo.

Por eso vamos a dedicar esta última meditación a analizar cuatro situaciones respecto de esta bienaventuranza, cuatro tipos de personas según sean los anhelos de su corazón. Al hacer esta distinción no nos mueve el interés teórico de clasificar a los demás, ni siquiera de saber cuál es nuestra situación, sino de adquirir la verdadera hambre y sed que nos llevará a estar saciados de la justicia de Dios, a estar llenos de Cristo, a la verdadera satisfacción del alma humana: unirnos a Dios y ser transformados en Cristo.

También podría pasar que encontráramos signos o elementos de las cuatro situaciones; que nos veamos reflejados en varios de estos tipos de personas. Quizá en nuestro corazón luchan diversas hambres o diversas faltas de hambre. No nos viene mal purificar nuestro corazón de todas ellas para que esté dominado por una sola hambre y sed: la de Dios.

## **1. El que no tiene hambre y sed de nada**

La primera situación que vamos a describir, para reconocernos en ella y salir de ella, se opone a la bienaventuranza por defecto: consiste en no tener sed de nada. Es una mezcla de apatía, indiferencia y búsqueda de la tranquilidad por encima de todo.

Y hay que afirmar con toda claridad que esta actitud no es cristiana. El que no tiene interés por nada, ni bueno ni malo, no es cristiano y queda paralizado en la posibilidad de transformarse en Cristo.

La mediocridad o el conformismo que acepta lo que se es y no aspira a más, por muy bueno que se sea, esteriliza la gracia de Dios. El que huye de toda grandeza, el que no se siente empujado permanentemente a la profunda transformación, que nos hace semejantes a Cristo y que no se detiene -por lo menos- hasta el

momento de la muerte, ése no puede decir que quiere convertirse, que quiere llegar a ser, de verdad, cristiano.

La meta de la conversión cristiana no es eliminar toda pasión y mantener el permanente control de uno mismo, sino dejarse abrasar por el amor de Cristo y quedar atrapado para siempre por la pasión de Dios. El cristiano no puede quedarse nunca tranquilo, ha de tener siempre la inquietud de ser como Cristo.

Todos estos que no tienen hambre y sed de nada, tampoco pueden tener hambre y sed de justicia. Y desde luego no son como Cristo que está movido por una pasión que no le deja parar:

He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla! (Lc 12,49-50).

Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer (Lc 22,15).

Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplan mi gloria (Jn 17,24).

De hecho, lo más peligroso a los ojos de Cristo es la tibieza; no tanto el pecado, sino la mediocridad del que no es ni santo ni pecador: «Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca» (Ap 3,14-16). El hombre apasionado pero equivocado (como san Pablo y san Agustín antes de su conversión) tienen más fácil su transformación en Cristo que el bueno pero conformista, mediocre o que busca sobre todo la tranquilidad.

## **2. Los que tienen hambre y sed... pero del mundo**

La segunda situación también se opone a la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed de la justicia: es la de los que tienen hambre y sed... pero del mundo. Andan inquietos, son

apasionados, tienen sed... pero no de Dios, ni de la verdad, ni del bien, sino de lo que les conviene, de lo que les agrada.

Nos resulta fácil entender que no puede haber conversión profunda en Cristo si nos dejamos dominar por *el hambre de satisfacer las pasiones sensuales*: codicia, sensualidad, poder o prestigio. Se mueven -no como los anteriores-, pero sólo hambread lo que satisface su orgullo y sus apetencias.

Pero, ¡atención! Los que tienen hambre de los placeres de este mundo están abocados a permanecer insatisfechos, no sólo de las cosas de Dios, sino de esos mismos placeres que buscan. Porque o no consiguen la meta que persiguen (la fama, la riqueza o el poder) o si los consiguen se dan cuenta de que cada vez necesitan más (riquezas, placeres o poder) y nunca llegarán a estar satisfechos. Muchos hombres de nuestro mundo están marcados por una sed insaciable y desesperada que conduce a la angustia y al fracaso.

Es curioso que también los que buscan estos ídolos -al contrario que los apáticos y los conformistas- son capaces de sufrir todo tipo de privaciones y esfuerzos para conseguir alcanzar su meta. Están dispuestos a pagar un precio enorme, pero por cosas que no merecen la pena. Gran lección para los que estamos dispuestos a sacrificar bien poco por lo que realmente merece la pena.

Pero lo que nos cuesta mucho más comprender, y seguramente podemos estar más cerca de esa situación, es que también puede estar atrapado por un hambre y una sed distinta a la de la bienaventuranza el que busca ante todo la felicidad por medio del disfrute de *cosas buenas*: el éxito en el trabajo, la prosperidad, un matrimonio feliz... «¡Pero son cosas buenas, permitidas!», podemos pensar. Claro que sí. Pero eliminan el hambre y la sed de Dios. Llenan nuestra vida y nuestro corazón. Y nos impiden buscar a Dios con todo el corazón. «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón», dice el Señor (Mt 6,21). Es verdad, los que tienen hambre y sed de las cosas buenas de este mundo son buenas personas, no son perezosos, son benéficos para los que les rodean...

pero no tienen hambre y sed de Dios. Ponen la felicidad por encima de la voluntad de Dios; en el fondo se ponen a sí mismos por encima de Dios.

El orden de los factores es aquí muy importante: el que busca a Dios y se entrega a él encuentra en Dios la felicidad; el que busca ante todo su propia felicidad se encierra en sí mismo (en la alegría si lo consigue, en la tristeza si no lo alcanza), y a la larga se aleja de Dios.

Esta búsqueda de la felicidad en las cosas buenas del mundo está necesariamente marcada por el egoísmo y por la limitación: nos empeñamos en la propia felicidad o en la de los nuestros, pero nos cerramos a una felicidad mayor. Un modelo -positivo y negativo- lo podemos encontrar en la vida matrimonial: si cada uno de los esposos se dedica ante todo a buscar su propia felicidad, el matrimonio se va al traste. Si cada uno lucha por la felicidad del otro y la antepone a la propia, no sólo se alcanza la felicidad ajena, sino una felicidad propia muy superior. Lo mismo sucede con Dios: sólo ama el que se entrega. Sólo el que tiene sed de darse, por encima de ser feliz, alcanza el amor y la felicidad verdadera. Desde luego eso es lo que hizo Cristo.

El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo (Flp 2,6-7).

Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza (2Co 8,9).

Tropezamos de nuevo con la paradoja de la enseñanza de Cristo:

Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma? ¿O qué podrá dar uno para recobrarla?» (Mc 8,34-37).

El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna (Jn 12,25).

Los que tienen hambre y sed de las cosas buenas de este mundo, son los que más fácilmente olvidan estas cosas, precisamente porque lo que tienen es bueno y les hace olvidar la sed de Dios. Pero nuestra conversión en Cristo supone un hambre y sed de ser justos que se identifica con la búsqueda, ante todo, de lo que Dios quiere, de lo que agrada a Dios.

Hay que reconocer que, de hecho, son pocos los que en cada situación se preguntan: «¿Qué quiere Dios de mí aquí y ahora?».

En el fondo se trata de algo tan sencillo y fundamental como responder al reto que, desde el comienzo de la historia de la salvación, plantea a cada hombre el primer mandamiento:

Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (Dt 6,4-5).

Se trata de resolver la permanente elección que afecta al pueblo de Dios:

Pues bien: temed al Señor; servidle con toda sinceridad; quitad de en medio los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro lado del Río y en Egipto; y servid al Señor. Pero si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: si a los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis (Jos 24,14-15).

Con la siempre oportuna actualización que hace Jesús en el Evangelio:

Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero (Mt 6,24).

### **3. Los que buscan la justicia, pero sin hambre de Dios**

Hay un tipo de personas -en el que nos podemos encontrar muchos de nosotros- que están extrañamente marcados por la justicia de Dios. La tienen en cuenta, la buscan... pero han eliminado de ella el hambre y la sed de Dios. Aceptan sinceramente los



mandamientos y se plantean cumplir el primer mandamiento. Comprenden la necesidad de buscar la verdad y el bien, y lo hacen. Pero ¿cuál es la motivación? Lo hacen porque no quieren entrar en conflicto con Dios. Cumplen los mandamientos, pero no por llegar a ser justos, sino simplemente por no pecar. Su sed no es ser como Cristo, sino evitar la condenación.

Es verdad que actúan según los criterios de Dios, pero mientras tanto, sus verdaderos intereses siguen siendo los bienes de este mundo. No los disfrutan, pero los añoran. Actúan según la justicia, pero siguen sedientos de los bienes (y a veces de los males) del mundo.

El interés por la justicia de Dios actúa, no como un motor que les impulsa, sino como un freno a sus verdaderos deseos que son muy distintos de los de Dios. Les gustaría hacer lo que hace todo el mundo, pero no pueden porque es pecado, porque no quieren condenarse.

Otra terrible consecuencia de esta forma de vivir la búsqueda de la justicia de Dios es que sólo buscan su propia justicia. Sólo quieren mantener su propia conciencia en paz con Dios, sólo buscan la propia salvación. Pero no sienten especial interés porque esa paz y esa salvación estén al alcance de todos los hombres, porque se cumpla en todos los hombres el deseo de Dios de hacernos justos ante él por medio del amor.

En el fondo, a pesar de su recto comportamiento y de su preocupación por no transgredir la ley de Dios, no tienen sed de Dios, no lo buscan como el bien supremo, no lo anhelan como el agua que calma la sed («Mi alma está sedienta de ti», Sal 63,2). Sólo ven a Dios como el Señor Todopoderoso con el que conviene no enfrentarse, con el que hay que llevarse bien, pero no como el Dios-Amor al que se le entrega apasionadamente la vida.

Lo que les mueve a ser fieles es más el temor que el amor. Son justos, pero por fuera: más en sus actos que en su corazón. Los anhelos, pasiones y deseos no han sido transformados. No son malos, pero sus deseos no han sido cambiados de raíz. No han

sustituido el hambre y la sed que mueve su vida por otras nuevas. Pueden ser irreprochables, pero no tienen el corazón de Cristo: no anhelan lo mismo que Jesús: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,34).

## **4. Los que realmente tienen hambre y sed de Dios y su justicia**

Los que alcanzan la bienaventuranza que promete Jesús, los que van a ser realmente transformados en Cristo hasta el fondo, son los que buscan ante todo el reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6,33). No sólo lo bueno, lo justo... sino a Dios, su voluntad y su gloria. No sólo unos valores o unas normas, sino una persona que da la vida. No sólo su propia salvación, sino la victoria plena de Dios en su misma vida, en el mundo y en cada persona.

La búsqueda de Dios se convierte entonces en la gran pasión de su alma. El cristiano es, ante todo, un enamorado en permanente búsqueda del Amado; un eterno caminante, pero con rumbo fijo, que no está dispuesto a descansar hasta que llegue a la verdadera meta: Dios y la comunión con él. Un inconformista incorregible que jamás está satisfecho con «un poco» de bondad, de amor o de oración... sino que quiere a Cristo ¡del todo!

Como san Pablo:

Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos. No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo. Hermanos, yo no pienso haber conseguido el premio. Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús (Flp 3,8-14).

O como dice san Agustín al comienzo de las Confesiones:

Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti (S. Agustín, *Confesiones*, 1, 1, 1).

O como dice el salmista:

Como busca la cierva corrientes de agua,  
así mi alma te busca a ti, Dios mío;  
mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:  
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 42,2-3).

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,  
mi alma está sedienta de ti;  
mi carne tiene ansia de ti,  
como tierra reseca, agotada, sin agua (Sal 63,2).

Extiendo mis brazos hacia ti:  
tengo sed de ti como tierra reseca (Sal 143,6).

Recordemos lo que dice el catecismo:

En la vida cristiana, el Espíritu Santo realiza su obra movilizándolo todo el ser incluidos sus dolores, temores y tristezas, como aparece en la agonía y la pasión del Señor. Cuando se vive en Cristo, los sentimientos humanos pueden alcanzar su consumación en la caridad y la bienaventuranza divina (*Catecismo*, nº 1769).

La perfección moral consiste en que el hombre no sea movido al bien sólo por su voluntad, sino también por su apetito sensible según estas palabras del salmo: «Mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo» (Sal 84, 3) (*Catecismo*, nº 1770).

¡Eso son los santos! No las almas acartonadas, domesticadas por los mandamientos; no los timoratos que se conforman con no ser malos. Los santos, los que alcanzan la meta de la conversión en Cristo, son los que están movidos por la pasión de Dios y gracias a esa fuerza incontenible que los empuja a Cristo rompen toda atadura y se lanzan por encima de sus intereses y de sus capacidades a buscar a Dios y su gloria, sin límites y sin descanso.

No nos engañemos. Lo que nos diferencia de los santos no son nuestras circunstancias ni nuestras capacidades. Es sólo una cosa: nuestro deseo, nuestra hambre y nuestra sed.

Porque ése es el fondo de esta bienaventuranza, imprescindible para nuestra conversión: no simplemente sed de ser justos, sino sed del mismo Cristo; y no sólo nuestra sed de amar a Cristo, sino de que el mismo amor de Cristo, sembrado en nosotros no nos deje descansar: «Nos apremia el amor de Cristo» (2Co 5,14). Estamos hambrientos del mismo Cristo, del sol de justicia, del agua que salta a la vida eterna que sólo él nos puede dar, del pan vivo que es él.

Sólo el que tiene esa sed en el corazón será transformado en Cristo y su alma será saciada.

## **Conclusión: conversión y misterio pascual<sup>8</sup>**

«Al final del camino que debemos recorrer en el proceso de nuestra transformación en Jesucristo, encontramos aquellas misteriosas palabras del Salvador: “Quien pierda su vida por mi causa, la encontrará” (Mt 10,39)» (Hildebrand).

Al final de estas meditaciones sobre conversión, aparece de nuevo la paradoja inevitable del Evangelio y de la conversión: es necesario que el hombre viejo muera para que nazca el hombre nuevo, a semejanza de Cristo. Para eso muere y resucita Cristo, para hacer posible en nosotros ese misterio de muerte y resurrección que comienza eficazmente en el bautismo, se realiza en el morir al pecado y vivir para Dios que se realiza cada día, y culmina -para el cristiano fiel- en la muerte: en la muerte desaparece del justo para siempre lo que queda del hombre marcado por el pecado y la corrupción, y nace definitivamente para la vida y la gloria de Dios.

La mayoría de nosotros hemos de reconocer que nos da un miedo terrible tener que morir para recuperar la vida. Y no sólo en el último momento de nuestra vida, sino miedo del morir cotidiano: el de la generosidad a fondo perdido, el de la humillación que podemos evitar, el de la fidelidad escondida, el del perdón sincero, el

del amor al enemigo o al que no nos lo puede devolver. El Evangelio nos invita permanentemente a morir a nosotros mismos.

Por ese miedo y por la resistencia a lo fundamental del Evangelio, necesitamos empaparnos de la contemplación de Cristo, muerto y resucitado, y de la gracia eficaz de la Pascua que se hizo realmente presente en nuestro bautismo, se actualiza en cada Eucaristía y revivimos gracias a la liturgia en la Semana Santa. Porque la muerte y resurrección del Señor es nuestro camino, es la única verdad que nos lleva a la vida. Tenemos que clavar la mirada en la cruz gloriosa para lanzarnos a la entrega plena de nuestra vida a Cristo –perderla- y recuperarla transformada.

Eso es lo que hicieron los santos: se perdieron en Cristo, por él han entregado la vida... y gracias a ello han encontrado la vida en plenitud, su verdadera identidad, su nuevo ser en Dios.

Cuando unidos a Cristo, a semejanza de su muerte y resurrección, nos perdemos a nosotros mismos «en la amorosa, adorante y total entrega a Jesucristo, en la exhaustiva renuncia a nuestra soberanía y en el vaciarnos de cualquier otra cosa» (Hildebrand), entonces participamos de su resurrección gloriosa ya en este mundo, con la vida nueva, la santidad, que es la vida en la tierra transformada ya por la gloria del cielo.

¡Cuidado los que quieran llegar hasta ahí! Porque no vale morir «un poquito», ni siquiera «mucho». Aquí sólo vale «todo». No cabe decir «hasta aquí, pero no más adelante». Para resucitar a la vida nueva de Cristo hay que morir del todo, hay que perder de verdad la vida.

Perder la vida consiste en renunciar a ser los dueños de nuestra vida y, como Cristo en Getsemaní, decir «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42), con la terrible sensación de lanzarse al vacío. Sólo el que da ese salto será transformado en Cristo.

Perder la vida es perder pie, quemar las naves, ser desbordados y arrastrados por algo -Alguien- infinitamente valioso: no es simplemente «perderse», es abandonarse en Cristo, perdernos en él, entregarnos a él... del mismo modo que Cristo, en la pasión y en

la cruz, pierde la vida y se entrega en manos del Padre: «Está cumplido... Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Jn 19,30; Lc 23,46).

Podemos llegar hasta la locura de perder la vida porque sabemos de quién nos hemos fiado (cf. 2Tm 1,12): del que dio la vida en la cruz por nosotros, en nuestro lugar, para que nos fiáramos de él, para que sigamos sus huellas.

Quiera Dios que la contemplación, y la actualización litúrgica de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, nos ayude a cada uno a dar el paso firme y decidido para que Dios realice en nosotros aquello para los que nos ha llamado a la vida, para convertirnos en imágenes vivas de Cristo.

## Oración final

Señor, Dios mío, yo tengo sed de ti,  
la tengo sembrada en mi corazón,  
aunque intente ignorarla  
o saciarla con las cosas  
malas o buenas de este mundo.

Señor, ayúdame a comprender,  
que sólo en ti puedo alcanzar la felicidad,  
que, sin ti, mi vida es y será  
insatisfacción, inquietud y vacío.

Señor, que no me conforme con salvarme,  
que no te obedezca sólo por temor,  
que te busque por amor,  
que quiera, ante todo, unirme a ti,  
cumplir tu voluntad,  
y que se cumpla en todas tus criaturas.

Señor, Jesús, que mueres para darme la vida de Dios,  
enséñame a perderme del todo,

a entregar mi vida,  
a perder pie,  
a entregar mi voluntad,  
como tú en Getsemaní,  
a poner toda mi vida en manos del Padre,  
como tú en la cruz,  
para que la encuentre nueva,  
transformado en ti,  
la noche de la Pascua,  
y en la Pascua eterna,  
después de ponerme en tus manos,  
con toda confianza,  
en la hora de mi muerte.

---

## NOTAS

**1** Dietrich von Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo. Sobre la actitud fundamental del cristianismo*, Madrid 1996 (Encuentro), 316 páginas.

**2** Cf. Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, cap. I: «¿Estamos dispuestos dejarnos cambiar?».

**3** Cf. Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, cap. II: «El arrepentimiento».

**4** Cf. Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, cap. III: «El conocimiento de sí mismo» y IV: «La verdadera conciencia de sí mismo».

**5** Además de todas las llamadas a la vigilancia presentes en los discursos apocalípticos del evangelio (Mc 13 y par.) y de los escritos apostólicos (p. ej., 1Tes 3,13), caben aquí las parábolas de las vírgenes necias y sensatas (Mt 25,1-13), del que espera al ladrón (Mt 24,43), de los que son capaces de discernir los signos (de la venida del verano (Lc 21,29-31), del tiempo (Mt 16,2-3), del juicio (Mt 5,25-26)).

**6** Cf. Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, cap. IX: «El trabajo en nosotros mismos».

**7** Cf. Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, cap. XI: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia».

**8** Cf. Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, cap. 18: «El verdadero perderse a sí mismo».